Carlos Taibo

El 15-M en sesenta preguntas

Este libro se propone, por encima de todo, interpretar qué es el movimiento del 15 de mayo, el llamado movimiento de l@s indignad@s. Al respecto, y con vocación claramente pedagógica, examina las razones del inesperado éxito de ese movimiento, el entorno y la forma que este ha adoptado, los diferentes componentes que lo articulan, su incipiente propuesta programática, los acosos que ha padecido, la reacción que ha provocado en la izquierda tradicional, el futuro que cabe augurarle y, en suma, los retos y los grandes problemas de fondo que están llamados a marcar ese futuro.

Carlos Taibo

El 15-M en sesenta preguntas

ePub r1.0
Titivillus 26.11.15

Título original: *El 15-M en sesenta preguntas*
Carlos Taibo, 2011
Diseño de cubierta: Estudio Pérez-Enciso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Si encuentra alguna errata en el libro o quiere compartir libros del mismo autor, puede avisar por mensaje privado en la página oficial de EpubLibre para mejorar juntos el proyecto Scriptorium

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: se deberá respetar la autoría del texto. Siempre habrá de constar el nombre del autor.

No comercial: no se puede utilizar este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo se podrán alterar con el permiso expreso del autor. Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta.

A Eladio Villanueva y Ramón Fernández Durán, que lo prepararon aunque no lo vieran.
A Manuel de Cos, que con sus noventa años estaba en Sol.

«¿De dónde saca todos esos ojos que os espían si no es de vosotros mismos? ¿Cómo habría de contar con todas esas manos que os golpean si no se las hubieseis prestado vosotros? Los pies con los que pisan vuestros pueblos, ¿no son acaso, también, los vuestros? ¿Tiene algún poder sobre vosotros que no proceda de vosotros mismos? ¿Cómo se atrevería a acosaros si no fuese con vuestro beneplácito? ¿Qué mal podría haceros si no fueseis los encubridores del ladrón que os roba, los cómplices del asesino que os mata y los traidores a vosotros mismos? Sembráis vuestros campos para que él los devaste, amuebláis vuestras casas para permitir que se entregue al pillaje, educáis a vuestros hijos para que pueda saciar su lujuria, alimentáis a vuestros niños para que, en el mejor de los casos, haga de ellos soldados y los lleve a la guerra, a la carnicería, los haga ministros de sus codicias y ejecutores de sus venganzas. Os tomáis molestias para que pueda solazarse en sus delicias y entregarse a sus sucios placeres. Aceptáis debilitaros para que él sea más fuerte y mantenga la brida más apretada. Y de tantas indignidades que las propias bestias no aguantarían si las padeciesen, podríais liberaros si intentaseis, no ya eso, liberaros, sino, simplemente, desearlo.

Decidíos a no servir más y seréis libres. No os pido que lo empujéis, que lo hagáis tambalear, sino solo que no lo sostengáis. Veréis entonces cómo, igual que un gran coloso que pierde la base, se hunde bajo sus pies y se rompe».

Étienne de La Boétie

Justificación

Unos días después del 15 de mayo Los Libros de la Catarata me encargó la redacción de un texto —por fuerza tenía que ser de urgencia— sobre el movimiento que empezaba a cobrar cuerpo en aquellas fechas. El trabajo en cuestión vio la luz, a principios de junio, con el título *Nada será como antes. Sobre el movimiento 15-M*. Si algo singularizaba a ese texto era la voluntad de interpretar qué era el movimiento naciente, y no la de recoger lo que pensaban quienes llenaban plazas y acampadas, y menos aún la de explicar las razones políticas y morales que daban cuenta de la aparición del movimiento en cuestión. A esta última tarea había dedicado a principios de año, mal que bien, otro libro de urgencia, *Estado de alarma*, que incorporaba un subtítulo que clarificaba sus intenciones: *Socialismo de casino, izquierda anémica, sindicalismo claudicante*.

En el momento en que estas líneas se escriben, agosto de 2011, con una experiencia mayor y posibilidades sensiblemente superiores de procesar con cierto sosiego la información, he vuelto sobre el librito de junio con la vocación de revisarlo y ponerlo al día. El resultado es este texto que el lector, o la lectora, tiene entre sus manos y que, si así se quiere, es el producto de una triple operación: mientras, por un lado, incorpora tesis incluidas en el trabajo publicado en junio, por el otro recoge los análisis que he ido difundiendo en estos meses en diferentes páginas *web*[1] para, en suma, agregar muchas reflexiones inéditas. Con acierto o sin él, el autor ha llegado a la conclusión de que una forma razonablemente pedagógica de expresión para estos materiales era la que debía asumir el perfil de preguntas y respuestas sobre el movimiento del 15 de mayo. Esa forma nos sitúa ante un texto sencillo —no hay aquí ninguna gran tesis que reclame, para su comprensión, de complejos instrumentos intelectuales— en el que prima más, eso sí,

la vocación de interpretar que la de describir un objeto que, por lo demás, no es precisamente fácil de aprehender. Por estas páginas pasan, entonces, las razones del inesperado éxito del movimiento, el entorno y la forma que este ha adoptado, los diferentes componentes que lo articulan, su incipiente propuesta programática, el acoso que ha padecido, la reacción que ha provocado en la izquierda tradicional, el futuro que cabe augurar al amparo de un otoño que se anuncia muy caliente o, en suma, los retos y los grandes problemas de fondo que están llamados a marcar ese futuro.

Me veo en la obligación de llamar la atención —ya lo hice en el librito de junio— sobre las limitaciones, evidentes, que acosan al autor de este trabajo. Al respecto debo subrayar, por lo pronto, que no represento a nadie; en realidad tengo grandes problemas para representarme a mí mismo. En segundo término, mi capacidad para dar cuenta de hechos complejos como los que, al fin y al cabo, se están desarrollando entre nosotr@s, es inequívocamente reducida. Me permito agregar, en fin, que mi experiencia personal se reduce, en los hechos, a lo que ha ocurrido en Madrid, con algunas extensiones a las manifestaciones gallega y catalana del movimiento, y con el acopio de la información dispersa que se deriva de conversaciones, más bien informales, con personas que han estado presentes en otros lugares. Admitiré de buen grado al respecto que, aunque Madrid es un observatorio importante a la hora de desentrañar lo que el movimiento es y hace —la ciudad ha experimentado un revolcón que ha sorprendido a los más avezados consumidores de ciencia ficción—, mi relato acarrea carencias importantes que se derivan de mi precario conocimiento en lo que se refiere a lo ocurrido en otros lugares. Acaso no está de más que lo diga: este texto no acoge otra cosa sino las opiniones del autor, que tanto pueden ser compartidas como repudiadas por el lector o la lectora, que en muchos casos será, con certeza, un activo participante en el movimiento del 15 de mayo.

Para explicar cuál es esa perspectiva, parcial e ideológica, de la que beben los argumentos expresados en estas páginas bueno será que formule aquí algunas precisiones. La primera me obliga a disentir de quienes sostienen que en el pasado nos hemos topado con realidades similares a las del movimiento del 15 de mayo (me

inclinaré en adelante por emplear este término frente al mucho más equívoco, y mucho menos afortunado, que nos invita a hablar de *movimiento de l@s indignad@s*). Era lo que, para mi estupor, sostenía unas semanas atrás un colega que se permitió invocar, al respecto, nada menos que la revolución francesa, la comuna de París y la revolución bolchevique… ¡Caramba! Me limito a certificar que nada de lo registrado entre nosotr@s en los últimos decenios tiene el relieve y el significado de lo que en estas horas supone el movimiento 15-M. No acierto a entender qué tienen en mente, por lo demás, quienes sugieren que el movimiento en cuestión es la iniciativa de movilización más intensa desde que concluyó —vamos a suponer que fue así— la *transición española* hace treinta años. Porque, ¿qué tipo de movilización popular se registró entonces, en un escenario marcado por las amenazas de los poderes fácticos y lastrado por los pactos cupulares? Sorprende en este terreno que no se valore de manera suficiente la realidad de un movimiento que ha visto la luz en un escenario en el que, por añadidura, much@s daban por descontado que era literalmente impensable que emergiese una apuesta que, como esta, abre muchas expectativas.

Ese movimiento ha resultado ser, en un segundo estadio, un crisol en el que se han reunido muchas gentes dispersas. En él se han dado cita, ante todo, much@s jóvenes que no han tenido la oportunidad de conocer otro horizonte que el de una crisis que se extiende a todos los órdenes de la vida, much@s militantes de la izquierda de siempre y, en lugar singular a los ojos del autor de estas líneas, much@s de l@s activistas de los movimientos sociales alternativos que han podido comprobar cómo su callado trabajo de años ha dado frutos. En lo que a estos movimientos sociales respecta me contentaré ahora con señalar lo que a mi entender es evidente: configuran realidades plenas y razonablemente terminadas que, como tales, no precisan de representaciones externas, algo que bien puede predicarse, también, del propio movimiento del 15 de mayo. Aunque nos tropezamos con problemas ciertos a la hora de medir el éxito de este y carecemos al efecto de la perspectiva suficiente, de tal suerte que no es sencillo dar cuenta de cuál ha de ser su huella futura, hay —frente a quienes tienen demasiada prisa y frente a quienes solo se interesan por taras y problemas— muchas razones para un optimismo sensato. Para

alimentar este último a menudo es suficiente con aprender de la gente, en la certeza, eso sí, de que la contestación, como lo sugiere un viejo adagio militar, suele servir antes para convencer al tirano de que ha sido derrotado que para derrotarlo en sentido estricto.

No deseo ignorar, claro, que el principal reto del movimiento pasa, no por llenar plazas o hacer valer estimulantes asambleas, sino por cambiar la realidad. Eso es lo que tuvo a bien decirnos José Luis Sampedro en el escrito que se leyó en la Puerta del Sol madrileña el 15 de mayo. Sampedro señaló que hasta entonces poco más habíamos hecho que publicar sesudos textos que —no quería engañarse— eran fácilmente absorbibles por el sistema que nos acosa. Ahora de lo que se trataba era, ni más ni menos, de llevar a la práctica nuestras ideas. En el corto recorrido del movimiento, apenas tres meses, ha creído apreciar la concreción de un primer paso, insoslayable, en ese camino: el que se ha traducido en un cambio en la cabeza de muchas personas que han descubierto que pueden conseguir cosas que hasta hace bien poco no se hallaban —creían— a su alcance. Entre ellas, y por cierto, la de rebelarse contra los atavismos que nacen de un lenguaje sexista que hemos aceptado con demasiada complacencia.

Desde la tarde del 15 de mayo —tiempo habrá para volver sobre esta decisión— me he negado a conceder entrevistas, sobre el movimiento naciente, a los medios de incomunicación del sistema que padecemos. Lo hice así por una razón principal: de siempre me ha parecido lamentable que, cuando una iniciativa protagonizada por movimientos o redes sociales adquiere una dimensión pública, siempre hay alguien que, para explicárnosla, se autoatribuye un inesperado protagonismo y, con él, acata las formidables dosis de manipulación que arrastran esos medios de incomunicación. Estoy pensando, para que se me entienda, en el conocido diputado que acude a una concentración y asume satisfecho su recién lograda condición de portavoz de activistas y manifestantes. Mi negativa a atender a los medios ha disparado —parece— el rumor de que tengo algo singularmente interesante que contar. Este libro demuestra de manera convincente que no es así.

Carlos Taibo

26 de agosto de 2011

Capítulo 1. Las razones del éxito

En estas páginas me propongo explicar por qué el movimiento surgido el 15 de mayo de 2011 tuvo un éxito inesperado que no alcanzaron, en cambio, muchas de las varias iniciativas que lo antecedieron. Los argumentos que pueden esgrimirse al efecto —el innegable talento táctico de quienes organizaron las manifestaciones de aquella jornada, la crisis general que nos atenaza, el caos que ha acabado por instalarse en las universidades, la huella dejada por la *primavera árabe*, el solapamiento con una sórdida campaña electoral, el trabajo de años de los movimientos sociales alternativos— constituyen, por sí solos, una explicación de por qué el movimiento vio la luz cuando much@s habían acabado por entender que era impensable que cobrase cuerpo una respuesta popular masiva ante gobernantes y políticas inaceptables.

1. Las manifestaciones convocadas el 15 de mayo por 'Democracia Real Ya', ¿no revelaron del lado de esta organización un singular talento a la hora de apreciar posibilidades que otras instancias no fueron capaces de captar?

Parece innegable que así fue. Quienes organizaron las manifestaciones del domingo 15 de mayo no solo supieron mover con enorme inteligencia y profesionalidad, y con mucho trabajo, los resortes que ofrecían las redes sociales: captaron con mucha lucidez las posibilidades que se abrían camino en un momento muy preciso.

Entre sus capacidades conviene agregar, aun así, otra: fueron sagazmente conscientes de las taras que desde mucho tiempo atrás acompañan a las convocatorias monopolizadas por una u otra sigla. De resultas, se inclinaron por sacar adelante una iniciativa en la que las siglas pasaban felizmente a un segundo plano (aunque la lista de organizaciones que se sumaron a la convocatoria de las

manifestaciones del 15 de mayo era tan nutrida como pública, su relieve dentro de la propia página *web* de Democracia Real Ya fue siempre claramente menor), rasgo que pervivió inalterado a lo largo de las movilizaciones; en la Puerta del Sol madrileña, en singular, nadie llevaba distintivos partidarios. En este sentido, las manifestaciones en cuestión, que a buen seguro atrajeron a muchos miembros de movimientos sociales, partidos y sindicatos, se caracterizaron ante todo porque quienes a ellas acudieron lo hicieron bajo la premisa, nunca verbalizada pero universalmente aceptada, de que no estaban allí para alardear de militancias, y menos aún para representar a las organizaciones respectivas.

2. ¿Qué peso han tenido las redes sociales y, de manera más general, las tecnologías informáticas en la gestación del movimiento?

En lo que a l@s "jóvenes indignad@s" se refiere —más adelante explicaremos qué entendemos por tales—, las redes sociales han sido decisivas a la hora de movilizar a muchas gentes que trabajaban dispersas o no sentían ningún interés por actividades de carácter reivindicativo. Han desempeñado también un papel de relieve en lo que hace a lo que en este libro llamamos *movimientos sociales alternativos*. Las posibilidades que en un caso como en el otro corresponden a esas redes, y con ellas al empleo general de Internet y de los teléfonos móviles, han permitido forjar un movimiento que es producto de múltiples interconexiones y que se ha beneficiado, gracias a esos instrumentos, de los horizontes que ofrecen tanto la participación y la intervención desde lejos como la difusión de información. Hablamos de un movimiento que, por añadidura, ha demostrado su capacidad para aportar, en un terreno decisivo, antídotos poderosos frente a los personalismos.

Importa subrayar, de cualquier manera, que las tecnologías que ahora nos interesan son un instrumento, y no un fin en sí mismo. En esa condición han demostrado virtudes innegables. El uso preciso de estos instrumentos ha permitido, al menos hasta hoy, que se rompa el aislamiento —una persona, sola, delante de un ordenador, en una habitación— al que pueden conducir muchas de las tecnologías informáticas; para sortearlo han perfilado un nuevo escenario, el de la asamblea, que ha propiciado la manifestación paralela de una

nueva sociabilidad. Aunque no solo se trata de eso. Antoni Gutiérrez-Rubí ha llamado la atención sobre otra dimensión importante: "El pasado domingo" —se refiere, obviamente, al 15 de mayo— "los partidos (también los sindicatos y los representantes públicos) comprendieron que han perdido el privilegio exclusivo de la acción política. Habrán visto que es posible organizarse políticamente sin ellos, comunicar eficazmente sin intermediación mediática o contra algunas miopías; y crear contenidos de valor sin liderazgos claros ni fuentes oficiales". El conocimiento de cómo se las gastan en este terreno los estamentos oficiales ha conducido, por un lado, a la gestación dentro del movimiento de fórmulas —la red *n-1*, por ejemplo— que permiten sortear muchas de las imaginables agresiones y ha puesto de relieve, por el otro, las dificultades que acosan a esos estamentos a la hora de actuar represivamente en este terreno.

No sería saludable, aun así, que olvidemos algunos de los riesgos que se revelan al calor del empleo de los instrumentos que ahora nos ocupan. Al margen del peligro de que se asienten fórmulas de comunicación efímera, frente a las relaciones sociales sólidas que pueden establecerse de forma directa y personal, hay que prestar atención a problemas como una posible intoxicación por exceso de información o una imaginable marginación de quienes —así, l@s ancian@s— no siempre tienen acceso a las tecnologías correspondientes. Más allá de lo anterior existe un riesgo de deriva tecnocrática. Pensemos en la posibilidad, bien hacedera habida cuenta de por dónde discurren determinados discursos, de la asamblea sustituida por una consulta informática, en franco deterioro de las posibilidades de despliegue de un debate genuino y de una democracia directa. No está de más que en este caso recordemos que sobran las razones para afirmar que todas las tecnologías generadas por el capitalismo llevan en sí mismas, en un grado u otro, la impronta de la explotación, de la jerarquía y de la división del trabajo, algo que obliga a recelar muy mucho de la posibilidad de su empleo en provecho de proyectos emancipatorios.

3. ¿No es la crisis general en la que nos hallamos inmers@s una explicación central del surgimiento del movimiento?

A buen seguro que configura la explicación principal. Ya he

señalado en el prólogo de este libro que no era en modo alguno mi intención dar cuenta de cuáles son las razones políticas, económicas, sociales y ecológicas que explican la irrupción de poderosos movimientos de contestación. Por eso ahora me contentaré con identificar, a vuela pluma, un puñado de factores que a los ojos de much@s se antojan —parece— los más importantes. Estoy pensando en el rechazo de lo que supone la *clase política*; en la alarmante extensión de los casos de corrupción; en la estéril escenificación de aparentes confrontaciones entre los partidos más importantes; en la certificación de que los bancos y las grandes corporaciones económico-financieras no han dejado de ganar dinero mientras recibían cuantiosas ayudas públicas; en una legislación laboral que no puede producir sino sonrojo; en las secuelas de medidas de ajuste traducidas en recortes en los derechos sociales, en la educación y en la sanidad; en la prosecución de la situación de marginación de tantas mujeres; en el expolio, que pervive, de la riqueza humana y material de los países del Sur, o, en fin, en una crisis que, merced al cambio climático, al encarecimiento inevitable en los precios de la mayoría de las materias primas energéticas que empleamos, al agotamiento de recursos básicos y al despliegue de poderosas agresiones medioambientales, tiene una dimensión ecológica muy clara.

Sobre esta base no es difícil asentar la conclusión, confirmada por las encuestas, de que han sido much@s l@s ciudadan@s comunes que han sintonizado rápidamente con el movimiento que nacía. Este se dotó al respecto, por cierto, de un lema que retrataba de manera clara y contundente una percepción muy extendida: “No somos mercancía de políticos y banqueros”.

4. Lo ocurrido en las universidades públicas en los últimos años, ¿tiene algo que ver con la irrupción del movimiento 15-M?

Un elemento más que dio alas al movimiento es el deterioro general experimentado, en todos los órdenes, por las universidades públicas, visiblemente ahondado por ese formidable ejemplo de corrosión terminal del capitalismo que aporta el plan de Bolonia.

Porque no es ningún secreto el hecho de que much@s de l@s jóvenes que salieron a la calle el 15 de mayo, y much@s de l@s que

se sumaron a acampadas, manifestaciones y concentraciones en los días sucesivos, eran —o habían sido bien poco antes— universitari@s que habían tenido la oportunidad de palpar una doble realidad. Mientras, por un lado, saltaban a la vista las señales de activos procesos de privatización y mercantilización de la universidad pública, por el otro se hacía ostensible por momentos cómo la corrosión terminal del capitalismo a la que acabamos de referirnos ganaba terreno de forma cristalina en el espacio universitario: si el sistema que se nos impone fuese moderadamente sagaz, hubiera dejado las cosas como estaban, siquiera fuese provisionalmente, y se hubiera abstenido de aplicar un plan como el de Bolonia en un escenario de notables estrecheces presupuestarias. La ausencia, dramática, de los frenos de emergencia que en el pasado tantas veces permitieron que el capitalismo salvase la cara tiene en estas horas efectos indelebles, alguno de ellos inesperadamente saludable: una repentina toma de conciencia de much@s universitari@s que ahora saben —no puede ser de otra manera— qué es lo que les espera.

Es este el momento adecuado para subrayar que todo indica que, conforme a los proyectos oficiales, los hechos van a ir a peor. Así lo invita a concluir, en particular, la llamada Estrategia Universidad 2015, que contempla la masiva incorporación de nuevos proveedores, privados, de recursos, la desaparición, o al menos la remisión, de la funcionarización, el énfasis en el negocio antes que en el rigor académico y el aprestamiento de gobiernos universitarios no elegidos democráticamente, sino impuestos, una vez más, desde el sector privado (en adelante las autoridades académicas, gestores externos, podrán no ser integrantes de la comunidad educativa).

5. ¿Qué influencia ha tenido lo que hemos dado en llamar ‘primavera árabe’?

Por su proximidad temporal, no puede despreciarse el ascendiente de los hechos acaecidos, en los primeros meses de 2011, en países como Túnez y Egipto. Al respecto lo primero que parece obligado mencionar es el eco del tratamiento que nuestros medios de incomunicación otorgaron a la *primavera árabe*: esos medios subrayaron una y otra vez que la movilización popular hizo posible derribar dictaduras que en apariencia se hallaban

sólidamente apuntaladas. El relato mediático que se nos ofreció vino a acrecentar, en otras palabras, la influencia simbólica de lo ocurrido. Aunque a buen seguro no era la intención de los manipuladores y superficiales medios de incomunicación que padecemos, much@s pasamos a preguntarnos cuándo llegaría nuestro turno o, para decirlo de manera paraliteraria, dónde estarían nuestras plazas Tahrir.

Es bien cierto que las circunstancias tunecinas y egipcias eran y son muy diferentes de las nuestras. Sobran las razones para afirmar, sin embargo, que no faltan los elementos comunes. Uno es la conciencia de cómo en el norte y en el sur del Mediterráneo la locura de los sistemas que padecemos acaba por romper precarios equilibrios y provoca salidas moderadamente sorprendentes. Hablamos de realidades políticas que, en abierto deterioro, no aciertan a ocultar su vinculación con lamentables intereses económicos, y hablamos también de jóvenes que han padecido toda su vida un escenario de crisis que tiene su refrendo, entre ell@s, en niveles muy altos de desempleo. La palabra *democracia* en labios de los gobernantes —de los suyos como de los nuestros— provoca, entonces, el recelo con respecto al proyecto correspondiente y, con ello, la lógica confusión. Otro elemento común lo aporta, cómo no, el empleo de las posibilidades que ofrecen las tecnologías incorporadas a Facebook, Twitter y, en general, Internet (en el mundo árabe hay que hablar también de las secuelas de la extensión de la televisión por satélite). Agreguemos que en un caso como en el otro, en el de la revuelta árabe y en el del movimiento 15-M, las fuerzas de peso tradicionales han estado fuera de juego, o al menos eso es lo que parece: nos referimos al nacionalismo panárabe, al islamismo radical o a los sindicatos —con la parcial excepción tunecina en lo que a estos se refiere— en el sur del Mediterráneo, y a los partidos parlamentarios y a los sindicatos mayoritarios en esta ribera de ese mar. En un escenario lastrado por la existencia de poderosos medios descaradamente al servicio de los gobernantes, ni siquiera han faltado en ambos casos las rituales sugerencias de que los movimientos de contestación están manipulados. Recuérdese al respecto el papel que algunos analistas habrían atribuido en Egipto a los Hermanos Musulmanes, que según esta perspectiva habrían operado taimadamente en la trastienda, y

compárense con muchas de las afirmaciones que, en relación con el movimiento del 15 de mayo, han formulado l@s *todólog@s* de nuestra *caverna* mediática.

Por no faltar, ni siquiera ha faltado la aseveración de que lo ocurrido entre nosotr@s puede seguir un derrotero similar al que parece haber experimentado en los últimos meses la revuelta árabe. No se olvide que el futuro de esta es muy incierto, atrapada como se encuentra en delicados cambalaches y sometida a la férula represora, ya no de Ben Ali o de Mubarak, sino de los filantrópicos gobernantes occidentales. Las cosas como fueren, no es la *primavera árabe* un producto tan exótico que no podamos apreciar en ella elementos sólidamente comunes con lo que está sucediendo en nuestras plazas y calles.

6. ¿Puede invocarse también la influencia de lo sucedido en otros lugares?

Ciertamente sí. En lo que cobró cuerpo a partir del 15 de mayo no solo era apreciable, en un grado u otro, la huella de la revuelta árabe: estaban vivas en las retinas, también, movilizaciones como las que en los meses anteriores se habían registrado en Grecia —recordemos las varias huelgas generales organizadas— y en Portugal —el movimiento de jóvenes llamado *Geração à rasca*—, así como las diferentes iniciativas promovidas en Francia contra la reforma de las pensiones y en el Reino Unido e Italia a través de prolongadas luchas estudiantiles. A todo lo anterior cabe agregar, bien es cierto, y en un terreno algo diferente, lo sucedido en los últimos tiempos en Islandia, un país en el que se ha demostrado que existen otras vías diferentes de las que pasan por sanear con los recursos de tod@s las cuentas de inmorales instituciones financieras. A duras penas es casualidad que el ejemplo islandés no interese ni a nuestros gobernantes ni a nuestros medios de incomunicación.

7. La irrupción fulgurante del movimiento ¿guardó alguna relación con la campaña electoral que se desarrollaba en las mismas fechas?

No puede dejarse de lado el efecto estimulante que, por una vez,

y no sin paradoja, tuvo la proximidad de las elecciones autonómicas y municipales previstas para el 22 de mayo de 2011. La campaña electoral ofreció, en otras palabras, un adecuado terreno de juego para que los mensajes disonantes que nacían de las movilizaciones encontrasen un eco tan saludable como inesperado.

Al respecto, y de nuevo, hay que alabar el talento táctico de l@s convocantes de las manifestaciones del 15 de mayo —y de quienes decidieron sacar adelante las acampadas posteriores—, que bien hicieron en escoger esa fecha, en el ecuador de la campaña mencionada, para escenificar su protesta general. No está de más recordar que esta última emergió como un aldabonazo en el magma apropiado: el de la tristeza y la sordidez que marcaban indeleblemente una campaña electoral en la que much@s apreciaron no se escenificaba otra cosa, como tantas veces en el pasado, que la vacuidad del discurso de políticos y partidos. Piénsese que lo que hasta el 15 de mayo había sido materia de disputa principal —la legalización postrera de las listas presentadas por Bildu— pasó a un discreto segundo plano una vez cobró cuerpo el movimiento que emergía.

8. ¿Qué papel correspondió en lo ocurrido al calor del 15 de mayo a los movimientos sociales alternativos?

Para explicar la gestación de una realidad nueva como la que tenemos entre manos es vital invocar el trabajo de años —de decenios, si así se quiere— de los movimientos sociales alternativos y de muchas de las instancias acompañantes. Entiéndase bien lo que ello significa: sin ese trabajo lo que sucedió el 15 de mayo y en las jornadas posteriores hubiera sido literalmente impensable, algo que por sí solo nos invita a concluir que esos movimientos no se equivocaban cuando, como hormiguitas, seguían acumulando alimento para el futuro.

Hay que dejar constancia, eso sí, de la otra cara de la cuestión: si la presencia y la acción de los movimientos sociales alternativos fue decisiva para dar cuenta de lo ocurrido, esto último, lo ocurrido, refleja al tiempo las carencias en las estrategias desplegadas durante mucho tiempo por aquellos. A menudo lastrados por una preocupante falta de imaginación y por problemas graves a la hora de evaluar lo que sucedía en unos u otros sectores de la población,

en estas horas los movimientos sociales tienen que reflexionar seriamente sobre esas carencias, siquiera solo sea a efectos de calibrar por qué otr@s, más sensibles y hábiles, y bien que muy próxim@s, fueron capaces de aprovechar, para conducirnos a un escenario nuevo, el cauce por ellos abierto.

Es importante distinguir, de cualquier modo, los movimientos sociales alternativos, por un lado, y lo que más adelante entenderemos que es la izquierda tradicional, por el otro. En el primero de los casos ha pervivido una actitud de contestación del orden existente, de examen crítico de muchos dogmas y de experimentación en el ámbito de la vida política, económica, social y ecológica que no se ha desarrollado en lo que respecta a los partidos y los sindicatos tradicionales, las más de las veces dramáticamente instalados en la lógica de los sistemas que padecemos.

9. El propio éxito inicial, ¿no fue un estímulo adicional para que el movimiento se desarrollase mucho más allá de lo que los pronósticos más optimistas auguraban?

En este rápido repaso de razones que explican el inicial y fulgurante éxito de las movilizaciones del 15 de mayo me veo en la obligación de mencionar una última: el hecho de que en su estadio inicial el movimiento hubiese superado todas las expectativas atrajo hacia él inmediatamente a muchas gentes. No estoy enunciando nada novedoso: cuando una iniciativa desborda las expectativas en torno a ella creadas, genera a su alrededor una atracción muy superior. A esa circunstancia no fueron ajenas, en este caso, la escasa inteligencia de muchas de las declaraciones de los responsables políticos, la hilarante y conspiratoria verborrea de l@s tertulian@s y, en suma, las secuelas de decisiones legal-policiales que —como tendremos la oportunidad de subrayar— dieron paradójicas alas al movimiento que veía la luz.

Capítulo 2. El entorno y la forma: un movimiento asambleario

Hay que prestar atención a algunos de los elementos que dan cuenta de la condición material del movimiento que emergió, en buena medida determinada por los hechos que se sucedieron, en Madrid y en otros lugares, el 15 de mayo y en las jornadas siguientes. Al respecto conviene subrayar una doble influencia: la derivada de decisiones tomadas por l@s integrantes de ese movimiento —en singular la de dotar a este de una orgullosa condición asamblearia— y la nacida de resultas de conflictivas actuaciones de los responsables políticos, judiciales y policiales.

10. ¿Qué ocurrió en Madrid el 15 de mayo y los días siguientes?

En este caso, y para responder a esa pregunta, me permitiré asumir una descripción estrictamente personal. Cuando llegué a la plaza de la Cibeles madrileña en la tarde del 15 de mayo y escuché las consignas que se emitían desde el camión que encabezaba la manifestación, pensé, sin más, que l@s organizadores estaban asumiendo una decisión delicada. Aunque la convocatoria formal invitaba a manifestarse a gentes de todas las condiciones ideológicas, lo cierto es que las consignas de las que hablo tenían un contenido cualquier cosa menos nebuloso: a su amparo eran objeto de contestación franca, en su caso mordaz, los dos grandes partidos —"Pesoe, Pepé, la misma mierda es"—, los banqueros y los empresarios, los sindicatos mayoritarios —"Dónde están, no se ven, Comisiones y Ugeté"— y la propia *casa irreal* (la lista era, claro, más larga).

Lo digo de otra manera: los mensajes que salían del camión,

claramente en la línea del discurso de lo que en este texto llamo *movimientos sociales alternativos*, a duras penas podían ser del agrado de las gentes de orden. Y, sin embargo, no parece que nadie abandonase la manifestación: se abrió camino una simbiosis entre un@s convocantes —en ell@s se daban cita las dos almas del movimiento a las que me referiré con profusión en este libro— que sabían lo que querían y un@s convocad@s que, en caso de no tenerlo demasiado claro, encontraron una propuesta a la que no había motivo mayor para hacer ascos. Cuando subí al camión en la Puerta del Sol se habían desvanecido por completo mis temores ante la perspectiva de que el mensaje que me había propuesto transmitir encontrase una oposición franca entre much@s de l@s integrantes de aquella multitudinaria manifestación. Acaso a algun@s, antes bien, les pareció moderado de más.

Al margen de lo anterior debo rescatar el comentario que, en el transcurso de la manifestación, escuché en labios de una amiga: "No conozco a nadie". Es sencillo recoger lo que había por detrás: por primera vez en mucho tiempo, y por primera vez con un contenido reivindicativo sólido, se reunían en una convocatoria gentes que hasta entonces se hallaban lejos —o al menos eso parecía— de demandas como las que se expresaban en la calle de Alcalá camino de la Puerta del Sol. Aunque allí estaban presentes, claro que sí, much@s de l@s activistas que se habían dejado la piel durante años —durante decenios— en la contestación del sistema imperante, ahora se veían acompañad@s por otr@s.

La represión que siguió a la manifestación y, posteriormente, el desalojo policial de la primera acampada de la Puerta del Sol madrileña dieron fuerza, en fin, al movimiento que estaba en ciernes. Hay quien estima que de no haber cobrado cuerpo esos dos hechos represivos el movimiento a duras penas hubiera ido a más. En lo que se refiere a la semana posterior al 15 de mayo se hizo valer, con todo, una circunstancia adicional: la decisión de la Junta Electoral Central en el sentido de prohibir las acampadas y concentraciones durante las jornadas de reflexión y de voto fue rápidamente respondida con una masiva movilización que se reclamaba de la desobediencia civil y de sus reglas. Lo que empezaba a ganar terreno se vio beneficiado, en fin, por una notabilísima afluencia a acampadas, manifestaciones y asambleas

que era tributaria de un hecho importante: eran much@s l@s que, sin trabajo, tenían todo el tiempo del mundo para dedicarlo al movimiento naciente. Un argumento de perfil similar hemos podido emplearlo, por cierto, para explicar el carácter multitudinario de las iniciativas desarrolladas por el movimiento durante los meses de verano: l@s activistas no estaban en disposición, por falta de recursos, de abandonar sus ciudades en julio y agosto.

11. ¿Qué rasgos exhibió en primera instancia el movimiento?

Lo que emergió de las manifestaciones del 15 de mayo fue, por lo demás, una genuina rareza. En las filas del movimiento naciente, y al menos en el momento inicial, los adultos eran una minoría; en los días sucesivos, bien es cierto, recuperaron el pulso de los acontecimientos, y ello por mucho que sus demandas objetivas no fuesen estrictamente las mismas que blandían lo que más adelante llamaremos "jóvenes indignad@s". No está de más subrayar, siquiera solo sea a vuela pluma, que en ese movimiento faltaban significativamente, sin embargo, l@s adolescentes. El mundo de los institutos apenas registró movilizaciones y convulsiones, algo que acaso puede explicarse en virtud de una obviedad: los problemas que invitaban a salir a la calle a tant@s jóvenes —el desempleo, la precariedad, los abusos empresariales, los precios de alquileres y viviendas, la usura de los bancos— todavía no se habían hecho presentes a los ojos de un@s adolescentes a punto de entrar, eso sí, en un mundo tan estimulante como el que nos ofrecen el capital y sus sicarios políticos.

Generacionalmente constreñido, con escasa presencia obrera —al menos si le damos a este adjetivo el significado que hemos heredado del pasado— y en buena medida interclasista, el movimiento que veía la luz —volveremos sobre estas caracterizaciones— carecía de forma orgullosa y llamativa de líderes, algo que no dejó de molestar a unos medios de incomunicación de siempre obsesionados por ponerle cara a las cosas. Esa saludabilísima opción colocaba en su centro prácticas de cariz libertario que, con la asamblea de base como órgano de soberanía decisoria, bebían una vez más de las querencias de siempre de los movimientos sociales alternativos.

12. ¿Cómo se desarrollaron las asambleas?

Si durante mucho tiempo los únicos espacios de autonomía de los que disfrutábamos eran los propios de las organizaciones que habíamos perfilado, al calor del movimiento 15-M se abrieron otros nuevos en las plazas. Es curioso que al respecto se haya hablado a menudo de eventuales abusos por parte del movimiento, mientras se olvidaba una y otra vez la privatización efectiva de los espacios públicos que se ha registrado de la mano de la publicidad, de la especulación inmobiliaria y del negocio del turismo.

Aunque, sobre esa base, el escenario decisorio fundamental del movimiento lo fue, claro, la asamblea, desde esta se perfilaron a menudo comisiones a las cuales se podía acceder, y en las cuales se podía participar, libremente. Recordemos que entre las comisiones presentes en la Puerta del Sol madrileña las había de casi todo: ahí estaban la comisión legal, la de alimentación, la de comunicación, la de infantil y otras muchas. Por citar otro ejemplo, al calor de la asamblea de barrio del Puente de Vallecas, en Madrid, se habían perfilado ocho comisiones —acción, comunicación, coordinación, dinamización, infraestructuras, legal, propuestas y respeto— y diez grupos de trabajo —cultura, ecología y medio ambiente, economía, educación, género, laboral, política, sanidad, social y vivienda—. El escenario general se veía indeleblemente marcado, en otro terreno, por la formidable creatividad, y en su caso por la imaginación artística, que el movimiento desplegaba. Aunque estamos hablando, sí, de un movimiento con clara vocación colectiva, en todo momento se mostraba respetuoso con una individualidad muy rica, y plural en grado extremo. En su seno se hacían valer muchas subjetividades diferentes —de clase, de género, de formación, generacionales— que optaron por acercarse, con una presencia singularmente llamativa, por cierto, de mujeres. A todo lo anterior conviene agregar las secuelas saludables de la formación técnica y profesional de muchas de las personas integradas en el 15-M, fácilmente perceptible, por ejemplo, en lo que se refiere al despliegue de procedimientos de comunicación o al aprestamiento de espacios y construcciones.

Por detrás ha sido fácil apreciar un esfuerzo encaminado a crear escenarios vivibles y facilitar las cosas. Bastará con mencionar al

respecto la modélica organización de muchas asambleas multitudinarias —orden de las intervenciones, distribución de agua, aspersores y cremas antisolares, traducción al lenguaje de sord@s… — y el trabajo de psicólog@s y mediadores, orientado a aplacar eventuales tensiones. Son varios los textos que dan cuenta de manera pedagógica, por lo demás, de muchas de las reglas desplegadas en las asambleas. Entre ellos pueden consultarse la "Guía rápida para la dinamización de Asambleas Populares" elaborada por la Comisión de Dinamización de Asambleas de la Acampada de Sol, y, con origen también en Madrid, la "Propuesta de acuerdos del grupo de barrios para unas asambleas saludables".

13. ¿Cómo se han tomado las decisiones en el seno del movimiento?

Durante varias semanas hizo correr mucha tinta un supuesto programa del movimiento 15-M que se concretaría en cuatro puntos: reforma del sistema electoral, lucha contra la corrupción, mejoras en materia de división de poderes y control sobre los responsables políticos.

Conviene dejar sentado desde el principio que el alcance de ese programa era limitado. Nació de una de las muchas comisiones que operan en la Puerta del Sol madrileña —la de política de corto plazo—, cabe suponer que debía mezclarse con las propuestas que surgiesen de otras comisiones, en modo alguno tomaba en consideración lo que hubiesen podido decidir l@s participantes en acampadas y asambleas en otros lugares y, en suma, no había sido refrendado como la propuesta del movimiento. Su eco mediático resultó ser, sin embargo, muy notable —el sábado 4 de junio *Informe semanal*, en la 2 de Televisión Española, se refirió a esos puntos como si fuesen el programa de todo un movimiento—, algo detrás de lo cual hay quien intuyó la influencia de alguna mano negra que apostaría, con malas artes, por una rápida y contundente anulación de cualquier horizonte de contestación abierta del sistema que padecemos.

Aunque el alcance de la propuesta mencionada era —parece— limitado, haremos bien en apreciar en ella un síntoma de una disputa que se ha hecho valer con fuerza en el movimiento y que enfrenta a l@s partidari@s de lo que ha dado en llamarse "consenso

por unanimidad" y a quienes defienden el "consenso por mayoría". Vaya por delante que las dos posiciones son respetables y que tanto la una como la otra pueden aportar en su provecho argumentos sólidos. No ocultaré, sin embargo, que mis simpatías, en este caso moderadamente pragmáticas, se inclinan por el segundo horizonte. Ello es así por efecto de la consideración de algunas de las consecuencias imprevistas, no precisamente saludables, del "consenso por unanimidad", un método que, al exigir que todo el mundo respalde lo acordado, permite prescindir de un sinfín de propuestas que en su caso gozan de un amplísimo respaldo entre quienes las debaten. Al final, y de resultas, bien puede ocurrir que solo salgan adelante aquellas iniciativas que, por lógica, no suscitan controversia alguna. Nadie dirá, claro, que se opone a la instauración de medidas que castiguen la corrupción. No es difícil iluminar la consecuencia mayor del despliegue de ese procedimiento: el movimiento pasa a vincularse con un consenso de mínimos que se reduce a acuerdos en materias muy generales, que no parece llamado a tener ninguna consecuencia práctica —es curioso que quienes defienden la fórmula que nos ocupa sostengan lo contrario— y que deja manifiestamente descontent@s a much@s de l@s implicad@s.

Y es que, y por regresar al ejemplo de las discusiones que con certeza se hicieron valer en la comisión madrileña de política de corto plazo, a buen seguro que en ellas se escucharon voces que, tras enunciar distancias con respecto a la democracia representativa y delegativa, defendieron orgullosamente el despliegue de fórmulas de democracia directa. El ascendiente de esas voces es nulo, sin embargo, en términos de una propuesta final que a la postre corre el riesgo de recoger un puñado de ideas que, bien que compartidas por tod@s, no prestan atención a percepciones muy extendidas entre acampad@s y asambleístas. En ese sentido, a la hora de analizar esa propuesta final tanto relieve tiene lo que dice como lo que no dice. La ausencia, en paralelo, de unos principios programáticos que, mucho más amplios, recojan sensibilidades diversas se hace mucho más llamativa en un escenario en el que el consenso por unanimidad se traduce inequívocamente en una exquisita moderación que guarda escasa relación con un genuino pluralismo.

Más adelante prestaré atención a una categorización que señala que en el estadio inicial del movimiento se apreciaban dos almas distintas: la aportada por los movimientos sociales alternativos y la configurada por l@s "jóvenes indignad@s" con la ignominia del sistema político y económico que se nos ofrece. Me limitaré ahora a enunciar una obviedad: como quiera que no nos podemos permitir el lujo de divisiones en un momento como el presente, es muy importante que las declaraciones programáticas del movimiento, y con ellas sus concreciones en forma de propuestas precisas, dejen espacio suficiente para que nadie se sienta excluid@ y para que tod@s nos encontremos razonablemente representad@s. La adopción, en este terreno, de fórmulas de consenso por mayoría en modo alguno implica desterrar —conviene subrayarlo cuantas veces sea preciso— la búsqueda de acuerdos que alcancen a cuantas más personas mejor. Digámoslo de otra manera: el consenso por mayoría no supone votar de forma directa e inmediata cualquier propuesta que pueda plantearse. Implica, antes bien, someter a la discusión preceptiva esa propuesta, corrigiéndola, si procede, en busca del mayor de los apoyos para ella, y recurriendo al voto, en último caso, cuando el consenso por unanimidad no es posible.

14. ¿No existe un riesgo de burocratización?

Ese riesgo existe siempre. Será suficiente con recordar cómo, en el estadio actual de desarrollo del movimiento, bien puede abusarse de la creación de comisiones y subcomisiones, con una secuela importante: la de que en un determinado momento sea imposible percibir lo que ocurre con tantas de ellas y cuál es el estadio de la discusión, de la propuesta y de la acción en que nos encontramos. Una dinámica como la que ahora invocamos puede traducirse, por lo demás, en una compartimentación y dispersión del movimiento, y en un indeseable cimiento para posiciones enquistadas y tecnocráticas. Agreguemos que con frecuencia salen a la luz las secuelas del entrampamiento de asambleas y comisiones en discusiones en las que las cuestiones formales y de logística adquieren un peso desmesurado.

Cuando se toman en consideración determinadas derivas indeseables del movimiento es frecuente que se llame la atención sobre las consecuencias del *buenismo* que marcaría muchas

posiciones, en particular entre l@s “jóvenes indignad@s”. Aunque problemas no faltan en este terreno, hay que mantener las distancias con respecto a lo que entenderé que son críticas desaforadas del *buenismo*. Mientras, por un lado, es más que probable que quienes las emiten hayan sido víctimas, en el pasado, de diatribas similares, por el otro conviene considerar seriamente si detrás del *buenismo* no hay, como parece, valores innegables, saludabilísimos esfuerzos orientados a alcanzar acuerdos y, en último término, la búsqueda de una utopía vivificadora. En otras palabras: un puñado de sugerentes antídotos frente a muchos de nuestros vicios de siempre. Seré claro, de cualquier modo, sobre esto: me quedo con un programa que no me convenza, nacido de una asamblea en la que la democracia directa y la pluralidad imperan, antes que con otro que me atraiga poderosamente pero que haya sido forjado a través de la manipulación de esa misma asamblea. Y es que, hoy por hoy, la asamblea soberana es el movimiento. Lo es hasta tal punto que no dejan de sorprenderme algunas de las opiniones que me han llegado, formuladas por integrantes del 15-M que estiman que hay que dejar atrás el *estadio* de la asamblea y que recelan de esta por su escasa eficacia a la hora de tomar las decisiones pertinentes.

15. ¿Ha habido entre nosotr@s movimientos que pueden considerarse antecesores directos del que cobró cuerpo el 15 de mayo?

Claro que los ha habido. Si queremos volver la vista atrás en busca de lo ocurrido hace unos años, ahí están el movimiento *Nunca mais*, que se desarrolló en Galicia en 2002 al calor de lo sucedido con el *Prestige*. Pero están también las protestas contra la guerra de Iraq a principios de 2003 y las convocadas vía mensajes de móvil, el 13 de marzo del año siguiente, en víspera de unas elecciones generales de ámbito estatal, ante las mentiras que el Gobierno de José María Aznar estaba difundiendo en relación con los atentados madrileños de dos días antes. Bien podemos incluir en esta lista, en suma, muchas de las actividades promovidas por los movimientos que contestaban la globalización capitalista.

Pero, más cerca en el tiempo, hay que mencionar varias iniciativas estrechamente vinculadas con el 15-M. Es el caso de las

organizadas contra la privatización del agua y del sistema sanitario, por una vivienda digna (VdeVivienda), en defensa de l@s hipotecad@s y contra los desahucios, contra el plan de Bolonia en las universidades, contra la llamada *ley Sinde* y a favor del libre acceso a Internet —se halla en el origen de NoLesVotes— o, con una vocación más general, del propio movimiento Juventud sin Futuro, que convocó una concurrida manifestación en Madrid el 7 de abril de 2011.

16. ¿Qué papel ha correspondido al libro de Stéphane Hessel que lleva por título '¡Indignaos!'?

Salta a la vista que la abrumadora mayoría de las personas que, desde mediados de mayo de 2011, han ocupado plazas y calles no lo han hecho porque les haya iluminado la lectura del brevísimo libro de Hessel. Al texto de este último no se le puede negar, sin embargo, relieve simbólico: aunque la metáfora que da sentido al librito ha molestado a algun@s, que han entendido que la situación actual en modo alguno es homologable a la de la Francia ocupada de la primera mitad del decenio de 1940, lo cierto es que tiene su interés. Hessel nos emplaza a recuperar los valores de justicia y de solidaridad por los que luchó la resistencia francesa, y a movilizarnos para ello. Lo hace, por lo demás, desde un lenguaje y una perspectiva que permite la sintonía entre el anciano nonagenario y l@s jóvenes de estas horas.

Es verdad, con todo, que el librito de Hessel arrastra también sus problemas. Aunque hay que señalar, por lo pronto, que su análisis de la realidad tiene evidentes limitaciones, partamos de la certeza de que el propósito del texto era otro. Más grave se antoja el hecho de que la lectura que en los medios de incomunicación se ha impuesto en lo que se refiere al significado del libro de Hessel se haya orientado a convertir este en el fundamento principal de un movimiento que respondería a una dimensión de mera contestación moral del orden existente y que, como tal, a poco más aspiraría. Las palabras de José Luis Sampedro que se leyeron en la Puerta del Sol madrileña el 15 de mayo —ya nos hemos referido a ellas— reflejan una conciencia evidente en lo que se refiere al relieve de este problema, en la medida en que subrayan lo obvio: tenemos que dejar atrás el estadio de la mera publicación de libros para

acometer una transformación real del mundo que habitamos.

Al margen de lo anterior, es evidente que en los últimos años se han publicado entre nosotros numerosos textos que constituyen fundamentos intelectual-racionales de la rebelión más finos que el de Hessel. No es frecuente, eso sí, que nuestr@s *todólog@s* —no tienen tiempo, claro, para leer— les hayan prestado atención.

17. ¿Cuál ha sido el impacto electoral, el 22 de mayo de 2011, del movimiento?

Se ha discutido mucho sobre si el movimiento surgido el 15 de mayo tuvo algún efecto en el resultado de las elecciones municipales y autonómicas que se celebraron una semana después. A decir verdad, carecemos de estudios solventes que permitan llegar a ninguna conclusión firme, en el sentido que fuere. En el mejor de los casos se ha sugerido que el movimiento habría podido tener alguna consecuencia, siempre menor, en los resultados electorales en algunas localidades pequeñas.

Al respecto conviene recordar que dentro del 15-M se han hecho valer muchas percepciones distintas en lo que se refiere a qué correspondía hacer en la jornada electoral, circunstancia que por sí sola reducía sensiblemente la posible influencia. No se olvide que amplios sectores preconizaban la abstención, no faltaban l@s partidari@s del voto en blanco y del voto nulo, había quienes se inclinaban por recomendar que se apoyase a determinadas opciones políticas y menudeaban, en fin, quienes se contentaban con pedir que no se respaldase a ninguno de los dos mayores partidos de ámbito estatal —Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y Partido Popular (PP)— o, en su caso, y en Cataluña, a Convergència i Unió.

Hay que alimentar la intuición, con todo, de que los resultados electorales del 22 de mayo no han sido suficientemente analizados. Bastará con mencionar al efecto un dato: pese a que el PP repitió cómodas mayorías en las elecciones autonómicas en Madrid y en Valencia, lo hizo, beneficiado por el hundimiento del PSOE, tras perder votos de manera significativa en ambos lugares. Si nada invita a atribuir esto último a los mensajes del movimiento 15-M, tampoco nada obliga a descartarlo.

Capítulo 3. Las dos almas

En origen el movimiento del 15 de mayo ha mostrado dos almas relativamente fáciles de distinguir: si la primera la han aportado lo que antes hemos descrito, con otros propósitos, como movimientos sociales alternativos, la segunda ha llegado de la mano de lo que, con algún recelo, llamaremos "jóvenes indignad@s".

Es importante subrayar que esas dos almas parecen explicar convincentemente lo que el movimiento fue en el momento inicial. Bien es verdad, claro, que la realidad correspondiente se ha ido haciendo más compleja con el paso del tiempo. Al respecto un primer hito relevante ha sido la expansión del 15-M en la forma de las asambleas de barrios y de pueblos. Otro acontecimiento que bien puede cambiar el rostro del movimiento lo será su previsible extensión al mundo del trabajo.

18. ¿No han sido los movimientos sociales alternativos un elemento central en la articulación de la iniciativa que nacía?

La primera de las almas del movimiento emergente la han configurado lo que con anterioridad llamé *movimientos sociales alternativos*. Durante años me he visto repetidas veces obligado a subrayar que esas instancias estaban madurando sin alharacas, poco a poco, poniendo semillas. Al respecto, y en singular, habían conseguido dejar atrás el relativo trauma de las manifestaciones contra la guerra de Iraq de 2003, cuando una ilusión óptica hizo que tant@s pensasen que se estaba produciendo un cambio radical, y para bien, en la percepción popular de hechos complejos: much@s activistas aprendieron entonces que las manifestaciones masivas son tan estimulantes como engañosas, o lo son al menos si por detrás no hay un trabajo activo en la base de la sociedad. Ojo que no estoy dando por cierto que se ha resuelto el problema correspondiente:

me limito a certificar que esos denostados movimientos sociales han sido vitales para generar el escenario en el que ha cobrado cuerpo el proceso iniciado el 15 de mayo.

Cuando hablo de movimientos sociales alternativos estoy pensando en lo que en la ciudad de Madrid —las circunstancias no son muy diferentes en otros lugares— han supuesto l@s activistas de los centros sociales autogestionados y *okupados*, en el feminismo, el ecologismo y el pacifismo que no se han integrado en el sistema, en las redes de solidaridad con el Sur que tampoco se han vendido o, en fin, en el sindicalismo alternativo (de cariz mayoritariamente anarcosindicalista en el caso madrileño). En términos generales, y en virtud de su declarada adhesión a la democracia de base y a la autogestión, bien podemos describir a estas gentes como *libertarias*. Con toda evidencia no estamos refiriéndonos solo a l@s integrantes activ@s de esos movimientos sociales: también hay que incorporar en esta categoría a much@s de sus militantes del pasado que, al calor del proceso iniciado el 15 de mayo, decidieron recuperar rápidamente querencias y hábitos.

19. ¿Qué son l@s 'jóvenes indignad@s'?

Aunque la expresión arrastra problemas graves, en la medida en que parece sobreentender que estas personas no muestran otra cosa que indignación, a efectos de perfilar lo que queremos señalar lo de l@s "jóvenes indignad@s" nos sirve.

Esta segunda alma del movimiento la conforman, como el término lo sugiere, jóvenes que en muchos casos se han puesto en marcha por primera vez en su vida en un ejercicio de protesta. En los hechos much@s de es@s jóvenes no han tenido la oportunidad de palpar otro escenario que el de una crisis permanente. Tengamos presente que entre nosotr@s, y en el verano de 2011, un 45 por ciento de l@s jóvenes se hallaban en paro y 650.000 de entre ell@s con edades comprendidas entre los 16 y los 29 años ni trabajaban ni estudiaban. Un 54 por ciento de las personas que tienen entre 18 y 34 años vivían, por lo demás, con sus padres. Este escenario contrastaba poderosamente con las secuelas de un ingenioso y eficiente procedimiento de gestación artificial de necesidades entre l@s jóvenes.

Si ya hemos señalado que el escenario que han empezado a

padecer en las universidades much@s de est@s jóvenes ha experimentado un visible deterioro —las becas han sido sustituidas por préstamos, las matrículas son cada vez más caras, las condiciones aplicadas a efectos de convocatorias resultan draconianas—, lejos de ese espacio no soplan mejores vientos. En el mundo laboral menudean los *contratos-basura*, los bajos salarios y la precariedad, a lo que se suman las irregularidades —frecuentemente est@s jóvenes cobran en negro y no cotizan—, el maltrato y, por añadidura, y en un terreno próximo, la imposibilidad de acceder a la vivienda. No deja de tener gracia, en estas condiciones, que en los circuitos de poder se repita una y otra vez que el mercado laboral es muy rígido y que hace falta una mayor flexibilidad.

Aunque hasta hace poco quienes padecían la precariedad procuraban en el mejor de los casos la resistencia individual, cada vez se hace más evidente que empiezan a buscar proyectos de cariz colectivo. Ello no es óbice para que con frecuencia abracen demandas de cariz visiblemente meritocrático: se quejan ante todo —y no les falta razón— del desdén con que la sociedad responde a carreras y másteres que son recompensados con trabajos infumables y salarios de miseria. Tampoco es infrecuente, por cierto, que con enorme ingenuidad algunos de est@s jóvenes sigan creyendo que es suficiente con introducir mejoras vivificadoras en el sistema imperante y, al efecto, y por ejemplo, no se percaten de la cruda realidad de lo que suponen el capitalismo, la explotación y la alienación. Dejemos claro, aun así, que no tod@s los jóvenes que nos ocupan responden al perfil meritocrático, de la misma manera que no tod@s ell@s han sido o son estudiantes universitarios.

Las cosas como fueren, y en un interesante indicador lingüístico del deterioro de tantas relaciones, si hace unos años hablábamos de *mileuristas* para retratar una situación de por sí lamentable, de un tiempo a esta parte nos hemos visto obligados a referirnos a l@s *quinientoseuristas* y mañana tendremos que ocuparnos de l@s *trescientoseuristas*… Por detrás de todo esto se adivina un dato importante: cada vez es más honda la conciencia de que se ha interrumpido el vigor de una norma que señalaba que, desde mucho tiempo atrás, cada nueva generación que entraba vivía mejor que la anterior (a lo que se agrega, bien es cierto, una discusión cada vez más necesaria relativa a qué significa eso de *vivir mejor*). Y cada vez

son mayores las incertidumbres con respecto al futuro.

20. ¿No tiene el movimiento un carácter interclasista y no predominan en él integrantes de las clases medias?

En lo que se refiere a su composición inicial —no sabemos qué es lo que el tiempo deparará— es inevitable responder de manera afirmativa a esas dos preguntas. La mayoría de l@s "jóvenes indignad@s", y en su caso también la de los miembros de los movimientos sociales alternativos, responde al perfil de l@s integrantes de una clase media que, sin trabajo o víctimas de la precariedad, han experimentado acaso un incipiente proceso de desclasamiento (no tanto de proletarización). Es verdad que much@s de es@s jóvenes proceden, con todo, de familias humildes. En las filas del movimiento del 15 de mayo se han hecho menos presentes, en cambio, l@s asalariad@s, a menudo moderadamente acomodad@s y —no lo olvidemos— poco propici@s a la revuelta.

En uno de sus textos, Toni Negri ha sugerido la conveniencia de prestar atención a un grupo humano que, con certeza, ha tenido en el momento inicial alguna presencia en las movilizaciones, aun cuando a duras penas pueda considerarse relevante. Hablo de lo que Negri llama *clase media empobrecida*: "Empleados abocados el desempleo, propietarios de pequeñas empresas en crisis o acosados por Hacienda". Me permito señalar que l@s integrantes de este grupo humano no son, casi por definición, estrictamente jóvenes; no se olvide que en la matriz del concepto se halla, por lo demás, la idea de que hubo un momento anterior al empobrecimiento de estas gentes, algo que no parece pueda decirse de la mayoría de l@s "jóvenes indignad@s". Cabe discutir, claro, si nos hallamos ante una tercera alma del movimiento. Aunque semejante perspectiva no deja de tener su interés, creo que el relieve de esta tercera alma se hallaría muy lejos del correspondiente al de las otras dos, y ello en el buen entendido de que una lógica elemental aconseja concluir que la expansión del 15-M a los barrios otorga un peso mayor, en su composición, a esta clase media empobrecida.

Hay que prestar atención, por lo demás, a dos circunstancias importantes. La primera nos habla de las presumibles secuelas de una eventual desaparición de las clases medias. Si esa desaparición se verifica en toda su entidad, hablar de un movimiento integrado

fundamentalmente por miembros de esas clases conducirá, antes o después, y quizá ya ahora mismo, a un ejercicio del absurdo. La segunda es la posibilidad de que el movimiento gane terreno en el mundo del trabajo y abra el camino, de resultas, a un escenario de mayor complejidad en lo que se refiere a sus integrantes. Probablemente no es preciso agregar que esa creciente complejidad acarreará inevitablemente una mayor dispersión generacional de la que el 15-M ha exhibido en sus estadios iniciales.

21. ¿Cómo ha sido la relación entre las dos almas que el movimiento ha mostrado en su estadio inicial?

Aunque las dos almas principales que hemos mencionado no han dejado de vivificarse mutuamente, es fácil identificar lo que al cabo fue una rápida deriva: mientras en el momento inicial del movimiento madrileño —supongo que algo parecido ocurrió en el de tantos otros— el protagonismo recayó sobre la primera de ellas, esto es, sobre los movimientos sociales alternativos, con el paso de los días se hizo valer un peso creciente de la segunda, acaso facilitado por la presión que ejercieron las autoridades políticas, judiciales y policiales.

Si hay que recuperar un hecho que retrata cómo, más allá de acuerdos sustanciales en lo que hace a lo principal, esas dos almas entraron en confrontación, ahí está la increíble retirada, el miércoles 18 de mayo y en la Puerta del Sol madrileña, de una pancarta que rezaba "la revolución será feminista o no será". Al parecer, quienes se consideraban imbuidos del derecho a retirar una pancarta —curiosa autoatribución de capacidades en un escenario que quería serlo de liberación— estimaban que el mensaje en ella incluido no tenía un carácter universalista y remitía, por tanto, a caprichos particulares. Sospecho que en este caso lo que más escocía no era, con todo, el sustantivo *revolución*, sino el adjetivo *feminista*. Vaya por delante que al día siguiente la asamblea soberana repudió la retirada de la pancarta, detrás de la cual era fácil apreciar el impulso de una parte de l@s concentrad@s —cabe suponer que en su mayoría vinculables con l@s "jóvenes indignad@s"— que entendían que los mensajes de tono presuntamente radical estaban de más.

22. Pese a los problemas, ¿no se han vivificado mutuamente las dos almas descritas?

Sobran las razones para afirmar que, a pesar de eventuales desencuentros, las dos almas descritas se han vivificado mutuamente y han asumido que tienen un camino común que recorrer. Mientras la primera entendió de manera rápida lo que significaban, en todos los órdenes, l@s "jóvenes indignad@s", no tengo duda de que entre muchos de l@s integrantes de la segunda se comprendió que lo que los movimientos sociales alternativos decían aportaba un caudal de conocimientos que permitía ir más allá de la contestación epidérmica del orden existente. Mientras la primera, por echar mano de un ejemplo, acató que detrás del *buenismo* que parecía impregnar muchas de las posiciones de l@s "jóvenes indignad@s" había valores y formas de relación que merecían respeto y apoyo, la segunda no pestañeó cuando a su alrededor, y en las numerosas manifestaciones organizadas, se hicieron valer mensajes de contenido radical. Si el "se va a acabar, se va a acabar, se va a acabar la paz social" era uno de ellos, no le iba a la zaga un cartel que, al terminar la marcha del 19 de junio en Santiago de Compostela, rezaba: "*O capitalismo non se reforma: destrúese*". Convengamos que por detrás del acercamiento que reseñamos había una razón nada despreciable: no siempre han estado plenamente claras las fronteras entre las dos almas retratadas.

Bien es cierto que esas dos almas invocadas se manifestaban topográficamente de forma diferente. Bastará con señalar al respecto que l@s activistas vinculados con lo que he llamado movimientos sociales alternativos eran los protagonistas mayoritarios, y las voces cantantes, en la mayoría de las asambleas. La afluencia de gentes en acampadas y concentraciones más tenía que ver, probablemente, y en cambio, con la presencia de l@s "jóvenes indignad@s". Hay quien dirá con ironía, y visible exageración, que se invertían los tópicos: el protagonismo durante el día correspondía a los movimientos sociales, en tanto eran l@s jóvenes de siempre entregad@s al estudio los que tomaban el relevo por la noche. Las cosas como fueren, y aunque el escenario, contemplados los hechos en clave de futuro, no era paradisíaco,

seguía siendo claramente preferible a la miseria que habíamos palpado durante decenios.

Capítulo 4. ¿Con programa, sin programa?

Es curioso que al movimiento del 15 de mayo se le haya reclamado, con unas pocas semanas de vida, que formalizase un programa que, hablando en serio, no han sido capaces de perfilar, luego de decenios, los grandes partidos. A las dificultades intrínsecas de la tarea se han unido las dudas en lo que se refiere a la conveniencia de arbitrar un programa común en un escenario —el del movimiento— en el que se hacían valer perspectivas muy distintas. Bastante han tenido l@s activistas con asumir dos grandes tareas: por un lado, pelear por una combinación en la que quepan campañas con objetivos muy precisos y el designio de mantener un proyecto razonablemente unificador; por el otro, procurar puntos de confluencia entre luchas muy distintas y otorgar a estas un marco común.

Tengamos presente, en suma, que la demanda de lo más elemental —trabajo, dignidad, libertad— empieza a ser subversiva, habida cuenta de que el sistema que padecemos no parece dispuesto a realizar concesiones en relación con factores como esos, que él mismo ha aceptado configuraban, sin embargo, mínimos innegociables.

23. ¿Coexisten dentro del movimiento varias perspectivas ideológicas y, con ellas, varios programas distintos?

Lo razonable es reconocer que sí. A efectos pedagógicos bien podemos identificar tres horizontes mentales diferentes dentro del movimiento del 15 de mayo.

El primero de esos horizontes plantea demandas que en los hechos parecen quedar reducidas al ámbito de lo estrictamente

político. Hablamos de reivindicaciones como las que hacen referencia a la necesidad de reformar la ley electoral en vigor o a la lucha contra la corrupción. Si así se quiere, una parte de l@s "jóvenes indignad@s" se acogería a propuestas que en mucho recuerdan a las que ha hecho suyas Unión, Progreso y Democracia (UPyD). Entiéndase bien: no estoy diciendo que las personas correspondientes militen en, o simpaticen con, esa fuerza política. Me contento con reseñar una eventual sintonía.

El segundo horizonte, sin desdeñar las demandas formuladas al calor del primero, amplía la perspectiva para incorporar un puñado de reivindicaciones de carácter económico y social. Desde esta atalaya se pretende hacer frente al general retroceso en derechos al que asistimos, a la ley de reforma laboral, al llamado *pensionazo* y a las agresiones que padece la negociación colectiva, o se reivindica, y es un ejemplo entre muchos, la introducción de una tasa que grave las transacciones especulativas. El eco de muchas de estas posiciones se ha apreciado con facilidad al amparo de las manifestaciones que Democracia Real Ya, junto con otras instancias, organizó el 19 de junio contra el Pacto del Euro. Importa subrayar que estas demandas plantean, en términos generales, la necesidad de poner fin al proyecto neoliberal, sin por ello contestar de manera necesaria, activa y franca el proyecto capitalista como tal. En el terreno político esta segunda posición se vincularía con la defensa de formas de democracia participativa que permitan eso: una participación razonablemente directa, y rápida, de los ciudadanos. El grueso de estas percepciones se recoge en un texto que, originario de Francia, ha tenido cierta influencia entre nosotros: *Manifiesto de economistas aterrados*. No se busque en él ninguna consideración de la dimensión ecológica y de género de la crisis.

El tercer horizonte programático se vincula de manera fácil con el quehacer de lo que hemos llamado *movimientos sociales alternativos*. En la mayoría de los casos l@s activistas de estos asumen un discurso de contestación frontal del capitalismo que incorpora muchos elementos de las versiones radicales del feminismo y el ecologismo, postulan fórmulas de democracia directa y reclaman la apertura de espacios de autonomía en los que se apliquen reglas del juego distintas de las hoy imperantes. Más allá de lo dicho, esta última perspectiva programática asume una

posición de franco repudio con respecto a la transición española, cuestiona la respuesta que esta última ha propiciado ante los muchos problemas que plantea la articulación nacional del Estado, mantiene claras distancias con respecto al proyecto de la Unión Europea y, en suma, se manifiesta muy crítica con lo que suponen una atávica sumisión para con los intereses norteamericanos y una impresentable vinculación con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Como es fácil intuir, la perspectiva que nos ocupa, que en modo alguno desdeña el buen sentido de las propuestas formuladas por las dos anteriores, reclama un cambio radical en el orden existente.

Aunque todas las cautelas se imponen al respecto, no parece de más recurrir a una consideración que, de cariz fundamentalmente pedagógico, pretende poner orden en nuestros conocimientos. Enunciémosla de forma somera: mientras el primero de los horizontes reseñados remitiría a querencias muy extendidas entre l@s "jóvenes indignad@s", el tercero se vincularía ante todo con el proyecto de los movimientos sociales alternativos. En el segundo se darían cita, indistintamente, un@s y otros.

24. ¿Qué peso tiene la explicación que sugiere que en el movimiento se estarían enfrentado dos grandes opciones: la ciudadanista y la anticapitalista?

Aunque haya que utilizarla con prudencia, la distinción en cuestión tiene su interés. Procuremos prestar atención a lo que significan las dos opciones que plantea. La propuesta ciudadanista responde al objetivo de hacer frente a algún problema preciso, tiene, por ello, una condición temporal acotada y suele incorporar atractivas formas de expresión. En su esencia aspira a dirigirse a instancias externas —partidos, instituciones— con el objetivo de que modifiquen determinados términos de sus actitudes y políticas. De resultas, y por definición, no contesta el orden propio del capitalismo, no considera los problemas en términos de clase y tiende a diluir las demandas en un magma más bien difuso.

Es diferente el perfil de la propuesta anticapitalista. Como parece fácil intuir, en este caso nos hallamos ante una contestación general del sistema hoy existente, que en muchos de sus supuestos coloca en lugar principal la lucha de clases y que tiene una franca

vocación de perseverar en el tiempo. Si queremos decirlo así, y en un momento como el de hoy, parte las más de las veces de la certeza de que el capitalismo ha perdido muchos de los mecanismos de freno que en el pasado le permitieron salvar la cara y concluye que, de resultas, se estaría adentrando en una etapa de crisis terminal. Hace no mucho tal vez hubiéramos utilizado el adjetivo *obrerista* para describir esta propuesta: hoy parece que ese adjetivo plantea más problemas que los que resuelve. Ello es así por dos razones principales: mientras la primera recuerda que buena parte de la clase obrera tradicional se halla dramáticamente integrada en el juego del capitalismo —y en el del crecimiento y el consumo—, la segunda subraya la irrupción, en los últimos decenios, de nuevos sujetos emancipatorios como los que han ido perfilándose en torno a los discursos del feminismo o el ecologismo. De hecho, muchas de las críticas más radicales del capitalismo contemporáneo empiezan a llegar de estas trincheras.

Aun cuando —volvamos a la carga con la cautela— buena parte de l@s "jóvenes indignad@s" parece haber asumido de inicio un discurso ciudadanista, es fácil identificar de su lado con frecuencia una deriva hacia las posiciones francamente anticapitalistas que son comunes en los movimientos sociales alternativos. De por medio, y en la textura de fondo del capitalismo de estas horas, se hace valer —no lo olvidemos— cierto retorno a las reglas del juego del pasado, de la mano de una reaparición de fórmulas inéditas de explotación. Semejante retorno constituye, a buen seguro, un estímulo para las respuestas de cariz estrictamente anticapitalista. Más allá de lo anterior, y por lo demás, lo suyo es subrayar que, si queremos que el movimiento del 15 de mayo perviva, es preciso trascender un proyecto, el del ciudadanismo, que ya hemos señalado tiene por definición una dimensión temporal limitada.

25. La distinción entre el mundo de lo material y el de lo posmaterial, ¿nos dice algo sobre la condición del movimiento?

Otra distinción interesante nos invita a rescatar una categorización que ha tenido mucho uso en los últimos decenios: la que nos habla de dos mundos distintos —el de lo material y el de lo posmaterial— que explicarían en buena medida la condición y la

conducta de muchos movimientos sociales. El mundo de lo material se vincula estrechamente con la urgencia de satisfacer necesidades básicas como la alimentación o la vivienda —olvidemos ahora lo que sin duda tiene su relieve: no está claro qué es eso de las necesidades básicas—, y con el designio de hacerlo, en una de sus manifestaciones, a través de las luchas obreras tradicionales, con el salario en un primer plano. El mundo de lo posmaterial, por el contrario, ha emergido —una vez presuntamente satisfechas, en el Norte opulento, esas necesidades básicas— al amparo del propósito de interesarse por otros menesteres, como los vinculados con el ocio, la cultura o el respeto por el medio natural.

Para entender esa distinción bueno será que recordemos que a menudo se ha señalado, en los últimos quince años, que los movimientos antiglobalización que han surgido en el Norte desarrollado —las circunstancias han sido a buen seguro diferentes en los países del Sur— beberían ante todo del mundo de lo posmaterial y, de resultas, se vincularían con las demandas de clases medias razonablemente asentadas, lejos de la lucha de clases tradicional.

Es difícil aplicar esta categorización al movimiento del 15 de mayo. Y lo es porque, aun cuando puede sentirse la tentación de sugerir que la percepción de la que han hecho gala l@s "jóvenes indignad@s" se desenvuelve genéticamente, las más de las veces, en el mundo de lo posmaterial, mal haríamos en olvidar que el grueso de las inquietudes y propuestas de aquell@s nace estrictamente, antes bien, del magma de lo material: su lucha lo es a menudo por conseguir un puesto de trabajo y por acabar con la precariedad y la explotación. Ni siquiera en el caso de los movimientos sociales alternativos las cosas están demasiado claras: si, por un lado, mantienen relaciones activas con el sindicalismo resistente —por lógica emplazado, con mayor o menor intensidad, en el mundo de lo material—, por el otro no es sencillo vincular sus demandas con inquietudes estrictamente posmateriales. Baste con recordar al respecto que buena parte de las luchas feministas y ecologistas tienen, pese a lo que una primera lectura puede sugerir, un estricto carácter material.

Al final lo que se impone es reconocer que los dos mundos que hemos invocado se suelen manifestar de forma conjunta y

simultánea en un escenario en el que de nuevo estamos obligados a recordar que la deriva reciente de nuestras sociedades, con un horizonte evidente de desaparición de las clases medias, remite directamente al repunte de un mundo, el de lo material, que habíamos enterrado demasiado deprisa.

26. ¿Qué hay de verdad en la doble afirmación de que el movimiento tiene un carácter antisistema y responde a un proyecto apolítico?

La primera de esas dos etiquetas exhibe un interés limitado, y ello por mucho que sea cierto que deja bien a las claras cómo los artífices de las muchas manipulaciones mediáticas que padecemos están cada vez menos inspirados. Hace unos años, bastantes, idearon una fórmula —la que hablaba de l@s *antisistema*— que pretendían retratase rápida y contundentemente a un puñado de gentes superficiales, airadas y violentas. La cárcel —o, en el mejor de los casos, el manicomio— era el lugar que cabía reservar a esas gentes. Vaya por dónde, las circunstancias han cambiado de manera tan rápida y tan radical que lo que era un sambenito descalificador ha empezado a ser percibido como un elogio por muchos de l@s afectad@s, y acaso, y también, por muchos observadores neutrales. Y es que, habida cuenta de la miseria ingente de las reglas del juego que se nos imponen, ¿no estamos obligados a ser orgullosamente *antisistema*? Si se me permite el agregado, algo parecido ha sucedido con el adjetivo *anticapitalista*, durante mucho tiempo empleado, de nuevo, como un sambenito denigratorio. ¿Y qué otra cosa podríamos ser sino orgullosamente anticapitalistas?

La segunda de las etiquetas invocadas nos emplaza —parece— ante una discusión más resbaladiza: la que nace de la reiterada autoidentificación, por much@s de l@s integrantes del movimiento 15-M, como apolític@s y, más allá de ella, de su autoubicación como gentes que no serían ni de izquierdas ni de derechas. A mi entender no hay que prestar mayor atención a estas definiciones, que a los ojos de tant@s revelarían cierta ingenuidad en quien las asume como propias. En el caso de la primera porque obedece con toda evidencia al propósito de subrayar un venturoso alejamiento con respecto a la política oficial al uso, y ello cuando no remite a un código libertario que, sin duda expresado de manera un tanto

atropellada, tiene su sentido. En el de la segunda porque parece partir de la presunción, tan argumentable como discutible, de que las categorías *izquierda* y *derecha* son hoy antes una fuente de confusión que un instrumento útil a la hora de describir lo que un@ es o propone. En relación con esas categorías alguien adelantará que lo realmente importante no es lo que decimos de nosotr@s mism@s, sino lo que materialmente somos y defendemos. Y en este sentido el movimiento 15-M ha pasado airoso la prueba del algodón.

27. ¿Cuáles son las propuestas principales que el movimiento ha perfilado?

Intentemos resumir de manera rápida cuáles han sido las demandas que en el seno del movimiento 15-M se han ido formulando. Y hagámoslo presumiendo, por un lado, que las propuestas no se hacen valer de la misma forma en los distintos lugares y, por el otro, que nadie se atreverá a afirmar que el movimiento no plantea alternativas.

- *La clase política*. En las tomas de posición de l@s activistas del movimiento se aprecia un rechazo frontal de lo que supone en estas horas la *clase política*. Aunque en principio el objeto de ese rechazo son los dos grandes partidos de ámbito estatal, a menudo las críticas van más allá y asumen un perfil, no apolítico, como con frecuencia se ha sugerido, sino apartidario, que no es precisamente lo mismo. Un lema frecuentemente coreado en las manifestaciones es el que reza "el pueblo unido funciona sin partidos".
  Para alimentar las dudas sobre la condición democrática del sistema que padecemos —"lo llaman democracia y no lo es"— se impone el recordatorio de lo que significan la corrupción, los privilegios de l@s polític@s, la falta de independencia del poder judicial y, en suma, la tutela que las grandes corporaciones económico-financieras ejercen sobre las decisiones importantes. En relación con estas materias se proponen, claro, medidas correctoras de muy diversa índole,

que afectan por ejemplo a la reforma de la ley electoral vigente, a la posibilidad de instaurar un sistema de listas abiertas, a la necesidad de otorgar mucho más peso a los referendos obligatorios y vinculantes, o a los presupuestos participativos. Es verdad, con todo, que dentro del movimiento entran en colisión tres percepciones distintas en lo que se refiere a la naturaleza de las formas de democracia que se postulan: contienden entonces la democracia delegativa, la participativa y la directa.

- *La resolución de la crisis*. En la lectura que el movimiento defiende no parece haber dudas en lo que se refiere a un hecho importante: los dos grandes partidos que han ejercido el gobierno central en el último decenio son corresponsables de la crisis en curso y, de resultas, no merecen crédito alguno. Para encarar esa crisis de forma diferente se contemplan medidas varias: cancelar las ayudas a bancos y cajas de ahorro, y acabar con los rescates de instituciones financieras; poner freno a la privatización de las cajas y desarrollar procedimientos de control democrático y de transparencia en la actividad de los bancos; alentar formas de banca ética; propiciar una mayor carga fiscal para los más ricos, acompañada de la restauración del impuesto del patrimonio, de una negativa a suprimir el de sucesiones y de la aplicación de una tasa que grave las transacciones especulativas; mostrar un rechazo franco de las privatizaciones, y defender al tiempo unos servicios públicos de calidad en el ámbito de la sanidad, de la educación y del transporte —con una crítica expresa, en este terreno, de lo que ha supuesto la irrupción de la alta velocidad ferroviaria, obscenamente al servicio de las capas adineradas de la población—; poner fin a los desahucios y permitir la dación en pago de las viviendas para cancelar las hipotecas; revisar normativas laborales que son muy favorables a los empresarios —así, la liberalización del despido— y establecer un salario máximo; prohibir los expedientes de regulación de empleo en empresas que obtienen beneficios, cerrar las empresas de contratación

temporal y hacer otro tanto con las agencias de calificación, o al menos someterlas a códigos estrictos; proceder a una reducción de la jornada laboral y al reparto del trabajo, con introducción de formas de renta básica; mantener salarios y pensiones, o, en suma, luchar contra los paraísos fiscales.

- *Los problemas de l@s jóvenes*. Muchas de las medidas preconizadas se proponen —como no podía ser menos— hacer frente a los problemas que tienen que encarar l@s jóvenes, y entre ellos el desempleo, la precariedad, los bajos salarios y la dependencia con respecto a caprichos y abusos empresariales. Otro de los terrenos en los que se plantea un cuestionamiento abierto de las políticas oficiales es el de la vivienda, de la mano en este caso del deseo de introducir medidas como las ayudas al alquiler o la expropiación de pisos. En un escenario en el que much@s jóvenes entienden que los estudios que han realizado no son adecuadamente valorados, despunta con frecuencia, en fin, un cuestionamiento abierto de lo que, vía mercantilización y privatización de la universidad pública, ha supuesto el plan de Bolonia. Más allá de este último lo común es que se defienda una educación pública, laica, universal, gratuita y de calidad, y que se rechace cualquier suerte de sumisión del Estado a los intereses de la Iglesia.

- *Feminismo, ecologismo, antimilitarismo, países del Sur*. El ascendiente que los movimientos sociales alternativos tienen sobre el proceso gestado el 15 de mayo se revela de manera manifiesta a través de la vinculación de este con las demandas tradicionales de aquellos.
  El resultado es fácil de palpar en la forma de la defensa de muchas de las reivindicaciones históricas del movimiento feminista —tras cuestionar abiertamente la sociedad patriarcal y una división machista del trabajo que asigna universal y unilateralmente los cuidados a las mujeres, much@s activistas defienden el reconocimiento del trabajo doméstico y de cuidados, y su contabilización en los

indicadores oficiales, la aplicación de un enfoque feminista a la transformación económica, social y ecológica, y el uso de un lenguaje inclusivo—, en la de la asunción de perspectivas que tienen su origen en el ecologismo radical —de la mano de una contestación activa del modelo capitalista para resaltar, entonces, los derechos de las generaciones venideras, postular la clausura de las centrales nucleares y la reducción en el consumo energético, alentar fórmulas de decrecimiento o promover las redes de consumo local y la soberanía alimentaria—, en la de muchas de las querencias que beben del pacifismo y el antimilitarismo —así, la reducción del gasto militar y el cierre de la industria de armamentos, o la salida de la OTAN— o en la de una actitud que coloca en primer plano los problemas de los países del Sur y que demanda, por ejemplo, la condonación de la deuda externa de los Estados más pobres.

No está de más incluir en este epígrafe la irrupción de nuevas materias como las que, en relación estrecha con las libertades ciudadanas, reclaman, y es un ejemplo entre otros, una contestación radical de la llamada *ley Sinde*, o como las que colocan en un primer plano los derechos de l@s inmigrantes de la mano de la supresión de las redadas contra est@s, de la retirada de la ley de extranjería y del cierre de los centros de internamiento de extranjeros.

28. ¿No hay en el movimiento dos posiciones diferentes en lo que se refiere a cómo avanzar en el terreno programático?

Aun cuando existen sintonías generales en lo que se refiere a la postulación de muchas de las medidas recogidas en los bloques mencionados, es relativamente sencillo apreciar, en las filas del movimiento, dos posiciones diferentes. Mientras la primera se inclinaría, sin más, por reclamar de las autoridades la introducción de los cambios correspondientes, la segunda, más afín a los movimientos sociales alternativos, parece entender que lo que toca es empezar a construir, desde la base, un mundo nuevo y autónomo, sin prestar entonces mayor atención a lo que puedan ofrecer —más bien nada— esas autoridades que acabamos de

invocar. Mientras la primera aspiraría ante todo a influir sobre otros, la segunda volcaría su atención en propiciar, sin más, el crecimiento del movimiento.

Es verdad, con todo, que al menos en el estadio actual resulta relativamente fácil encontrar caminos de acercamiento entre las dos posiciones reseñadas. Uno de ellos es el que señala que las propuestas del movimiento se dirigen ante todo a la gente común, con el propósito expreso de que las conozca y las debata. En esa dimensión, y en el momento presente, no se trataría, pues, y hablando en propiedad, de influir sobre los gobernantes, sino de propiciar un engrosamiento de los apoyos que recibe el 15-M, sin por ello alentar necesariamente el despliegue del proyecto de autonomía que defienden con frecuencia los movimientos sociales alternativos.

29. ¿Cuáles son las limitaciones presentes de la propuesta programática del movimiento?

La propuesta programática del movimiento arrastra limitaciones evidentes. La primera bebe de una obviedad: si el movimiento tiene una inequívoca condición juvenil, si se halla, en otras palabras, generacionalmente marcado, no queda más remedio que reconocer que esa impronta ha lastrado hasta ahora su presentación pública. No hay, aun con ello, ningún motivo para concluir que sus carencias de origen están llamadas a mantenerse, y sobran, en cambio, los que invitan a afirmar que la propuesta se halla ya en fase de apertura.

Lo que acabo de señalar tiene una dimensión precisa interesante. Aunque muchos de los problemas de l@s "jóvenes indignad@s" lo son, sin duda, de capas más amplias de la población, haríamos mal en presumir que la respuesta que el movimiento en sus asambleas ha dado a los primeros nos sirve para todo. Es muy importante que, en un escenario de agresiones frontales contra derechos y libertades, trabajadores y trabajadoras se sumen con fortaleza a la contestación y permitan superar algunas de las lacras del discurso ciudadanista. Hay que partir de la certeza, claro, de que para ello de nada van a servir —antes al contrario— las cúpulas de los dos sindicatos mayoritarios, que hace mucho, y al compás de lo que ocurría en el escenario partidario principal, renunciaron a cualquier

estrategia de confrontación.

Conviene agregar una observación más: debemos ser conscientes de que, siendo cierto que la inmediatez de unas elecciones dio alas en origen al movimiento del 15-M, no lo es menos que la vinculación estrecha con los avatares electorales puede lastrar su recorrido si las discusiones correspondientes —así, y por ejemplo, las relativas a una eventual reforma de la ley electoral— se siguen manteniendo en el primer plano.

Capítulo 5. Acoso sobre el movimiento

Desde su nacimiento el movimiento del 15 de mayo ha sido objeto de tres operaciones principales de acoso. La primera la ha desplegado, con escaso éxito, la *caverna* ultramontana de l@s tertulian@s de la derecha, con el Partido Popular en la trastienda. La segunda, más dañina en su trama manipulatoria, ha cobrado cuerpo en los medios de comunicación *progresistas*, con los intereses del Partido Socialista a menudo por detrás. La tercera, y última, remite, como no podía ser menos, a conocidas estrategias de demonización que beben de la presunta violencia de la que habría hecho gala el movimiento.

30. ¿Por qué los estamentos de poder han sentido tanto temor, tanto miedo, tras la irrupción del movimiento?

La razón principal es fácil de señalar: el movimiento surgido el 15 de mayo ha conectado de manera rápida y espontánea con percepciones muy extendidas en lo que se refiere a la crisis y su resolución, algo poco común —admitámoslo sin cautelas— en las iniciativas de nuestros movimientos sociales. La percepción, en otras palabras, de que muchas personas próximas declaraban francamente su simpatía por l@s jóvenes que estaban en las plazas, e incluso se mostraban dispuestas a tolerar más de un exabrupto, a buen seguro que disparó muchas alarmas en las gentes de orden que vivían razonablemente felices, pese a las apariencias, como espectadores de la farsa que articulaban socialistas y populares. La magistral intromisión telefónica de Cristina, la primera heroína de la revuelta, en una infumable tertulia de Radio Nacional, ¡la radio pública!, a buen seguro hizo que más de uno empezase a pensar seriamente que entrábamos en un mundo nuevo.

Lo recién señalado tiene, por lo demás, un refrendo sólido de la

mano de las diferentes encuestas realizadas. Todas ellas parecen reflejar que el apoyo de la ciudadanía al movimiento es mayoritario: identifican al respecto porcentajes de respaldo que se sitúan en la franja del 60-75 por ciento. Un estudio realizado en agosto concluyó, por otra parte, que ocho millones y medio de personas habían participado en unas u otras iniciativas del movimiento. Admitamos de buen grado, aun así, que el apoyo que esas encuestas revelan algo tiene de etéreo: más allá de una empatía general, no siempre está claro qué significa que alguien declare simpatizar con el movimiento.

31. ¿Qué trato ha dispensado al movimiento la 'caverna' mediática?

Si alguien se pregunta —volvamos a la carga con la misma cuestión— por qué el movimiento ha provocado tanto temor, me permitiré rescatar una vez más la imagen y la huella emocional derivadas de la revuelta árabe: aun cuando que el ascendiente de esta haya sido limitado, ha generado un miedo atávico en determinadas capas de la población que, por primera vez en mucho tiempo, le han visto las orejas al lobo o, al menos, eso han creído.

Basta con echar una ojeada a la histeria argumental —lo del adjetivo es un decir— de tant@s tertulian@s y editorialistas de periódicos para percatarse de que inmediatamente se han dado cuenta de que las afrentas que han creído sufrir en los últimos años —los matrimonios homosexuales o los cambios en la legislación del aborto, por ejemplo— eran triquiñuelas en comparación con lo que se les podía venir encima. Y eso que en muchos casos la obsesión de esas gentes en el sentido de encontrar explicaciones conspiratorias —por detrás del 15-M se hallarían los de siempre: comunistas, anarquistas, proetarras, roj@s, perroflautas y piojos@s— ha reducido sensiblemente su capacidad a la hora de valorar en serio lo que estaba ocurriendo. Tal y como sucede con cierta izquierda hiperdogmática, el deterioro experimentado por sus detectores de peligro, agotados por la histriónica reacción de sus comunicadores, ha hecho que menguasen las posibilidades de encarar inteligentemente los riesgos, al tiempo que reforzaba, sin más, la demanda de acciones represivas de consecuencias imprevisibles (o, para decirlo mejor, muy previsibles). A todo lo anterior se ha

sumado, naturalmente, la percepción, inevitable, de que las protestas iban a más.

En este terreno no hay mayor motivo para dedicar nuestro tiempo a glosar lo que han dicho y escrito l@s integrantes de la *caverna* celtibérica, cada vez más suelt@s y más divertid@s. Con ellos en las pantallas y en las ondas sobran los programas de humor, hasta el punto de que debo desdecirme de la sugerencia, que formulé hace tiempo, de que por higiene pública las tertulias —todas las tertulias; también las de la cadena SER— se emitiesen en codificado, oral y audiovisual, para así proteger los cándidos oídos de l@s niñ@s.

Me entero de que uno de los tertulianos-estrella de la *caverna*, aficionado al parecer a los alucinógenos, señaló que detrás del movimiento no había sino etarras especializados en guerrilla urbana. Es lo más probable. Invito al lector y a la lectora, de cualquier modo, a coleccionar las portadas que en los días posteriores al 15 de mayo entregaron a los kioscos los diarios satíricos *La Gaceta, La Razón, ABC* y *El Mundo*. Más allá del terror que revelan, y del deseo incontenible de sacar el ejército a la calle, resultan anodinamente divertidas. Y lo digo aun cuando no deseo ignorar la influencia que los mensajes correspondientes tienen sobre tant@s ciudadan@s de a pie. "Están pagados, que yo lo he oído en la radio", escuché que decía de manifestantes y concentrad@s, en la barra de un bar, un señor de cierta edad que discutía agriamente con un convecino. Con estos detractores lo menos que puede afirmarse es que, lejos de hacer algún daño al movimiento, más bien han fortalecido el cariño que este suscita.

32. ¿Cómo ha reaccionado el Partido Popular?

En una primera aproximación es sencillo describir la actitud con que el Partido Popular recibió al 15-M: el movimiento beneficiaba porque no perjudicaba. Y ello era así por cuanto es@s jóvenes airad@s difícilmente iban a votar por el PP; si acaso eran votos perdidos por el PSOE.

Salta a la vista, sin embargo, que el Partido Popular es una fuerza política que lleva mal lo de no participar activamente en las trifulcas. Al cabo, y con su habitual cortesía y seriedad discursiva, entró al trapo que ofrecían las críticas constantes que recibía en

manifestaciones y concentraciones. A ello se sumó lo que probablemente era inevitable: el designio de aprovechar la tesitura para afear lo que se entendía que era una lamentable laxitud del PSOE a la hora de acabar con las protestas. En una y otra tarea es evidente que el PP, como suele ocurrir, se dejó jalear por l@s tertulian@s de su onda, que en buena medida representaban, claro, la visión de muchas de las gentes de orden.

El Partido Popular no mostró, en fin, ningún atisbo de comprensión de qué era lo que había sacado a la calle a tantas gentes, más allá de la invocación ritual y barata que señala que, claro, hay problemas y es lógico que l@s jóvenes —se lo pide el cuerpo— protesten. No proporcionó ninguna respuesta, en particular, a la sugerencia, omnipresente en las manifestaciones del movimiento 15-M, de que PP y PSOE son, pese a las apariencias, muy similares.

Si hay que referirse a una de las manifestaciones, material pero por encima de todo simbólica, de la actitud asumida por el PP, ninguna parece mejor que la vinculada con las presuntas posiciones defendidas por los comerciantes sobre el papel perjudicados por la acampada de la Puerta del Sol madrileña. Y digo lo de presuntas porque sobran las razones para concluir que muchos de aquellos se vieron claramente beneficiados en sus negocios —así se reconoció con frecuencia— por la presencia masiva de personas en aquel recinto. A través de sus entidades asociativas, y en más que previsible relación con los intereses del Partido Popular, los portavoces de los comerciantes, o quienes pasaban por tales, protestaron una y otra vez ante la prosecución de la acampada y de otras actividades. Ni siquiera amainaron en sus quejas cuando se levantó la acampada en cuestión. Hay quien interpreta que estas remitieron un tanto, sin embargo, cuando a principios de agosto fue la policía —y no l@s *indignad@s*— la que cerró *de facto* la plaza y clausuró, más aún, las bocas de metro y de tren de cercanías. Si así fue, la conclusión está servida: a estos comerciantes, que estiman que el movimiento da una mala imagen de la ciudad de Madrid, no les preocupan los obstáculos a su actividad cuando son generados por quienes se encargan de garantizar su seguridad…

33. ¿Cuál ha sido la posición de Unión, Progreso y Democracia?

Por lo que a Unión, Progreso y Democracia (UPyD) se refiere, ni suscitó críticas expresas desde las filas del movimiento que emergía —en lo que a los partidos se refiere esas críticas se volcaron casi en exclusiva sobre PSOE y PP— ni fue objeto de ningún galanteo desde ese movimiento. Si en algún momento UPyD sopesó asumir por su cuenta ese galanteo, probablemente se echó atrás en virtud de la certificación de cuál era el contenido de las demandas que se expresaban en manifestaciones y concentraciones. Aunque podía compartir una parte de aquellas —en singular las relativas a la conducta de la *clase política* y a la corrupción—, tenía que sentirse profundamente incómoda ante la contestación radical que suscitaba la conducta de la banca y de tantos empresarios y, con ella, ante la irrupción de mensajes que la *clase política* y sus agregados perciben como *antisistema*. El mundo de UPyD estaba tan lejos como el del PP —en otras palabras— de las querencias de los movimientos sociales alternativos.

Así las cosas, la estrategia principal de esta formación política pareció estribar, sin más, en dejar hacer, un poco a la manera de la posición asumida inicialmente por el Partido Popular: el movimiento nos beneficia porque perjudica más a otros. En tal sentido, las declaraciones de comprensión con respecto a lo que suponía el 15-M, más bien vagas, no acertaban a ocultar que había distancias infranqueables con respecto a lo que reivindicaban much@s de l@s jóvenes que ocupaban las plazas. UPyD procuraba preservar escrupulosamente, en otras palabras, su buena relación, que le da votos, con las gentes de orden.

Aunque mi información al respecto es precaria, parece que en algunos lugares —con certeza aquellos en los que los movimientos sociales alternativos permanecieron al margen y en los que las diferentes modulaciones de la izquierda tradicional despreciaron al movimiento naciente— UPyD se hizo livianamente presente, o al menos eso fue lo que interpretaron much@s de quienes echaban de menos un sentido más recio en la contestación que surgía del movimiento 15-M.

34. ¿Cómo han encarado el movimiento los medios de comunicación ‘progresistas’?

He escuchado con frecuencia, en acampadas y manifestaciones

del movimiento, que este último no puede quejarse en demasía del trato, razonablemente generoso, que ha recibido de los medios de comunicación. Semejante afirmación, un tanto sorprendente, revela a mi entender cómo determinados segmentos del 15-M, saludablemente críticos con tantas cosas, parecen poco interesados en contestar una de las fuentes principales de miseria que atenazan a nuestras sociedades.

Tiene sentido, en este terreno, que nos preguntemos cómo los medios de comunicación *progresistas* —los diarios *El País* y *Público*, la cadena SER y La Sexta, Radio Nacional y Televisión Española— han tratado al movimiento. Lo primero que hay que señalar al respecto es que esos medios parecen atenazados por una obsesión de la que ya hemos hablado: les molesta sobremanera la condición de una instancia que, orgullosamente asamblearia y antiautoritaria, carece de rostros visibles. La desesperación que esto genera conduce a filigranas, comúnmente patéticas, para encontrar esos rostros.

Más allá de lo anterior, los medios *progresistas* parecen empeñados en defender altruistamente al movimiento frente a la *caverna*. Claro es que, al hacerlo, prefieren olvidar lo que el movimiento es en sí mismo, como prefieren sortear que tiene suficientes arrestos para defenderse por sí solo. En su trabajo lo común es que echen mano de una descripción que considera que el 15-M exhibe dos caras: mientras, por un lado, estarían l@s "jóvenes indignad@s", siempre pulid@s y civilizad@s, por el otro se hallarían los marginales, violentos y deleznables *antisistema* de siempre. Al amparo de esta interesada distorsión de la realidad, que demoniza a los segundos, idealiza a los primeros y olvida que las relaciones entre lo que cabe entender, con un poco de sacrificio, que son unos y otros son a menudo fluidas y estimulantes, los medios *progresistas* parten de la presunción de que la abrumadora mayoría de las propuestas que nacen del movimiento son razonables y respetables, como lo son es@s jóvenes lógicamente indignad@s que se manifiestan en acampadas y calles. Para llegar a esa conclusión no queda otro remedio que rebajar sensiblemente el contenido de esas propuestas. Así los hechos, solo se nos habla de la necesidad de luchar contra la corrupción, fortalecer la división de poderes y reformar el sistema electoral, en abierto olvido de que del movimiento surgen demandas que reclaman transformaciones

radicales, contestan activamente lo que supone al capitalismo y hacen suyos los cimientos de una sociedad antipatriarcal, respetuosa de los derechos de las generaciones venideras e internacionalista. Todo esto último, sin más, no interesa.

Digámoslo con otras palabras: los medios que ahora nos atraen han procurado transmitir una imagen del movimiento que hacía de este una simpática fiesta de jóvenes enfadad@s que poco más pedían que unas cuantas palabras de comprensión del lado de los magnánimos dirigentes de los que nos hemos dotado. Si algun@s de nuestr@s *líderes de opinión* han llegado a decirnos que es@s jóvenes airad@s no hacían sino volver a poner sobre la mesa el programa que Rodríguez Zapatero había promovido, para después olvidarlo, en 2004 —cuánta estulticia concentrada en un solo argumento—, en su momento corrió por ahí una hilarante publicidad de la Fundación Alternativas —uno de sus patronos es ese trilero de la política llamado Felipe González— que nos recuerda que desde esa institución ya se habían propuesto alternativas objetivas a la *indignación*… Entre ellas, cabe suponer, la de reclamar que en adelante se prohíba que un expresidente del Gobierno cobre sumas ingentes de dinero de inmorales empresas privadas del sector energético. Tras mostrar su franca simpatía por l@s jóvenes preterid@s, y recomendarles que sean ecuánimes y moderad@s, los analistas orgánicos de *El País* y de *Público*, luego de haber defendido tantas veces la infamia que se revela al calor de las políticas del Partido Socialista Obrero Español, a cuyo redil volverán rápidamente, prefieren esquivar toda reflexión, ni seria ni superficial, sobre la explotación, el capitalismo, la represión o la condición de los medios en los que escriben. Aún estamos esperando alguna rectificación de parte de quienes defendieron *manu militari*, poco más de un lustro atrás, el Tratado Constitucional de la Unión Europea, alguno de ellos reconvertido —sin rectificar, eso sí— en supuesto *altermundialista*. Y nos tiene que sobrar paciencia para comprobar cómo *Público* se ha jactado de divulgar el primer estudio sociológico serio sobre el movimiento: un estudio que, elaborado, qué casualidad, con el concurso de la Fundación Alternativas, concluye que el 15-M tiene una clara vocación reformista…

Los medios de comunicación *progresistas* se han inclinado por

ignorar, en consecuencia, la que al cabo es la apuesta principal de muchos de l@s activistas que trabajan en el movimiento 15-M: aquella que, lejos de reclamar una reforma del sistema que padecemos, reivindica la generación de espacios de autonomía en los que, de manera autogestionaria, se apliquen reglas del juego muy diferentes de las hoy imperantes. En este sentido, los medios que nos ocupan no dudan en señalar que el movimiento debe contentarse con influir sobre otros —gobiernos, parlamentos, partidos, sindicatos— y asumir, en su caso, el ejercicio de pasar por las urnas para refrendar sus presuntos apoyos. No parece que lo anterior sea otra cosa que un ejercicio de ingeniería obscenamente encaminado a cortar las alas a una instancia que, en virtud de su impulso inicial, busca con claridad otros horizontes.

35. ¿Qué ha hecho el Partido Socialista Obrero Español ante el movimiento?

La reacción inicial del PSOE ante el movimiento se vio estrictamente marcada por la percepción de que las elecciones del 22 de mayo no podían traducirse sino en un sonoro fiasco. Probablemente entre los cuadros del PSOE la primera lectura ante lo que se desencadenó el día 15 consistió en concluir, con moderada desesperación, que era lo que les faltaba: veía la luz con fortaleza un movimiento que contestaba ante todo a los dos grandes partidos y que, por añadidura, atraía poderosamente a un segmento importante, l@s jóvenes, del presunto electorado socialista.

Con el paso de los días, el PSOE fue perfilando una estrategia que, si así se quiere, se asentó en tres grandes elementos. El primero consistió en el empleo de un lenguaje muy suave que en alguna de sus concreciones echaba mano de argumentos similares a los que Rodríguez Zapatero había utilizado para explicar la crisis financiera, como si esta —y ahora los problemas de l@s jóvenes— respondiese a circunstancias que nada, absolutamente nada, tuviesen que ver con las políticas avaladas por el propio Partido Socialista. Este último se inclinó, en segundo lugar, por poner freno a la perspectiva de hacer uso de una represión cruda contra el movimiento, que era lo que demandaba el PP; por detrás a buen seguro se reveló con frecuencia la certeza de que una represión descarnada bien podría dar alas aún más extensas a la contestación

en la calle. En un tercer estadio, en fin, el PSOE hubo de calibrar lo que en términos mediáticos supuso la irrupción del 15-M en el magma general de la campaña electoral, con alguna ventaja sobrevenida para el Partido Socialista: la derrota de este, inevitable, pasaba a ocupar un segundo plano, o al menos compartía el primero con otra noticia. Se hablaba, en suma, de otra cosa (algo parecido acabó sucediendo, como ya hemos señalado, con Bildu, que en los hechos medio desapareció de la campaña electoral que desplegaban por su cuenta l@s tertulian@s más recalcitrantes). Acaso no es preciso agregar que la respuesta del PSOE ante la aparición del movimiento 15-M no acarreó ninguna expresión de autocrítica merecedora de tal nombre. En el mejor de los casos se tradujo en el despliegue del más patético argumento de cuantos suelen echar mano, de un tiempo a esta parte, los dirigentes políticos: ese que se concreta en la idea de que "no hemos sabido explicar bien lo que hacemos". ¡Y tanto!

Con el paso de las semanas, y tras la designación de Alfredo Pérez Rubalcaba como candidato del partido a la presidencia del Gobierno español, el PSOE multiplicó los guiños hacia el movimiento 15-M. Ya nos hemos interesado por alguno de ellos. Prestémosle ahora atención al patético intento del propio Pérez Rubalcaba en el sentido de mostrar cierta comprensión ante algunas de las demandas surgidas en acampadas y plazas. Llamativo resultó al respecto que quien el día anterior era vicepresidente del Gobierno y ministro del Interior se declarase dispuesto a alentar, una vez liberado de esos cargos, lo que hasta entonces, y en puestos de responsabilidad, nunca había defendido: una reforma de la ley electoral —que a buen seguro sabía precisaba del respaldo, al parecer inalcanzable, del Partido Popular— y la introducción de una tasa que grave las transacciones especulativas —una promesa mil veces realizada por los partidos socialistas europeos, sin que sepamos de la existencia de ninguna voluntad paralela de llevarla a la práctica—. Para describir lo que hace Pérez Rubalcaba hablamos, en castellano, de un brindis al sol.

36. ¿En qué términos se ha manifestado el debate sobre la violencia vinculado con el movimiento?

Lo ocurrido a mediados de junio en los alrededores del

parlamento catalán es muy relevante a efectos de iluminar el debate relativo a la violencia en su relación con el movimiento 15-M. Tengo delante un ejemplar del diario *El País* del jueves 16 de ese mes. Lo más normal que hay en unas páginas inundadas de intoxicación y dobleces es la pastoral sugerencia de que no puede confundirse el todo de un movimiento pacífico con la parte de un@s presunt@s manifestantes entregad@s a la violencia. Interpreto esas páginas como una declaración de guerra contra unas gentes que, tras demostrar sobradamente que van en serio y tienen cuerda para rato, han empezado a resultar inevitablemente molestas.

A la vista de lo que recogían varias filmaciones que han corrido por ahí, no hay motivo para la duda en lo que se refiere a la presencia de provocadores policiales en concentraciones y acampadas. Pero, más allá de ello, resulta imposible dejar de lado lo que ya sabíamos merced a lo ocurrido al calor de muchas de las manifestaciones que, en los últimos años, han contestado la miseria de la globalización capitalista. Esos lamentables medios de incomunicación que padecemos concentraban su atención en el apedreamiento del escaparate de unos grandes almacenes para, consciente y pundonorosamente, olvidar todo lo demás. Y entre todo lo demás que olvidaban estaba, claro, la violencia constante que caracteriza a los sistemas que padecemos: la de muchos empresarios sobre sus trabajadores y trabajadoras, la de tantos varones sobre sus mujeres, la de nuestros policías sobre los *sin papeles*, la que tod@s desarrollamos contra la naturaleza y, por dejarlo ahí, la que asume la forma de genuinas guerras de rapiña encaminadas a privar de recursos básicos a los pueblos más pobres. Hoy como ayer este culpable y llamativo olvido merece nuestra repulsa más enérgica, que no podemos hacer otra cosa que trasladar a tant@s profesionales del periodismo que, con toda certeza, podrían hacer más de lo que hacen.

37. La represión padecida, ¿no ha beneficiado al cabo al movimiento?

Hay que llamar la atención sobre la escasa inteligencia de muchas de las violencias asestadas contra el movimiento. La represión inicial en Madrid, la decisión de la Junta Electoral Central

de prohibir la acampada de Sol el 20 de mayo, la carga policial en la plaza de Catalunya de Barcelona el 27 del mismo mes, lo acaecido —acabamos de recordarlo— ante el Parlamento catalán el 15 de junio, el desalojo de la Puerta del Sol el 2 de agosto y, en suma, las acciones policiales, aunque no afectaban en sentido estricto al 15-M, con ocasión de la manifestación laica celebrada en Madrid el 17 de agosto, no han hecho sino darle alas al movimiento. También en este terreno nos adentramos —parece— en un mundo diferente del que hemos conocido durante demasiados años. Si antes la violencia ejercida contra los movimientos contestatarios poco más provocaba que miedo y retirada, ahora suscita una franca voluntad de cerrar filas en torno a la contestación. Y se convierte en un interesante estímulo para esta.

Estamos obligados a asumir, con todo, una discusión, inevitable, sobre el significado que debemos otorgar a la palabra *violencia*. Aunque en su momento he subrayado la conveniencia de rehuir la demonización fácil del *buenismo*, ahora me veo en la obligación de alejarme de determinadas posiciones que parecen entender que dentro de la rúbrica general de la violencia hay que incluir conductas como el corte del tráfico en una avenida, la realización de una pintada o, por qué no, el encadenarse a una vía de tren. Tampoco siento mucha sintonía con quienes se inclinan a respaldar una relación fluida y civilizada con la policía, en franco olvido del comportamiento común de l@s integrantes de esta. Por cierto que la policía identifica en l@s *indignad@s* una "violencia pasiva" que se traduciría en un sinfín de abusos y coacciones. Desde esta singularísima perspectiva, no habría, pues, ninguna actitud pacifista en quienes —se nos dice— estarían incumpliendo sistemáticamente, sin más, la ley.

38. ¿Cuáles son algunos de los lugares comunes que los detractores del movimiento han utilizado para desmarcarse de aquel?

Si se trata de retratar rápidamente cuáles son los latiguillos que l@s enemig@s del movimiento del 15 de mayo han utilizado con profusión, obligado parece identificar los dos principales, no sin antes recordar las sabias palabras de Platón en *La República*: "La perversión de la ciudad comienza con el fraude de las palabras".

El primero de esos latiguillos se repite una y otra vez en labios de l@s portavoces de nuestra derecha: a los ojos de estas gentes, el movimiento tendría un inocultado carácter *totalitario*. A duras penas podría ser de otra manera habida cuenta de que l@s activistas ocupan espacios que —nos dicen— son de tod@s, protestan contra esa maravillosa flexibilidad que tantos beneficios nos ha deparado y se enfrentan, en suma, a la lógica sacrosanta del mercado, con lo que ponen en peligro nuestra libertad. Sorprende que este discurso no haya experimentado ningún retroceso en un escenario, el nuestro, en el que se acumulan los motivos para concluir que el derrotero de las políticas que los intereses privados imponen conduce a un escenario que mucho huele a *darwinismo social* militarizado.

El segundo latiguillo se vincula con una admonición omnipresente en el discurso *progresista* de estas horas: la que sugiere que por detrás de movimientos como el del 15 de mayo se barrunta un proyecto *populista* que abriría las puertas a una suerte de socialfascismo. Hablamos de algo que se antoja una respuesta a la desesperada, encaminada a ocultar la miseria del proyecto propio. Quienes echan mano de este latiguillo prefieren olvidar que el populismo, y con él el socialfascismo, no está cobrando cuerpo de la mano de lo que hacen o dicen quienes se hallan en las plazas, sino de resultas de derivas que nacen del núcleo de nuestros sistemas políticos y que en una de sus claves fundamentales se explican en virtud de la disolución de todas las señas de identidad de una socialdemocracia dramáticamente abducida por el sistema. A falta de un proyecto creíble, estas personas no dudan en defender a capa y espada a los partidos tradicionales y a las instituciones, y al efecto consideran, al parecer, que cualquier cuestionamiento de la bondad y la legitimidad de unos y otras conduce a escenarios inquietantes. Más allá de ello, no pestañean cuando se trata de calificar de *populistas* a quienes consideran que hay que enfrentarse de forma directa a esos *mercados* que actúan contra los intereses de la mayoría.

Capítulo 6. La reacción en la izquierda

Aunque son muchas mis distancias con respecto a lo que desde bastante tiempo atrás hace la izquierda de siempre —confiaré en que el lector entiende sin mayores problemas qué es aquello de lo que hablo, y ello pese a que las dificultades al respecto son cada vez mayores; bastará con recordar que algún sesudo analista del diario *Público* se refiere a este mundo como "la izquierda alternativa"…—, en este caso romperé una lanza en favor de la actitud asumida, ante el movimiento 15-M, por la mayoría de l@s militantes de las formaciones políticas afectadas. Con algunas excepciones, las de grupos singularmente puros, dogmáticos y sectarios, ha habido una comprensión espontánea de lo que se revelaba de nuevo y de saludable. En su caso se ha abierto camino un criterio muy pragmático que venía a concluir que, fuesen cuales fuesen las carencias del movimiento emergente, lo que había conseguido dibujaba una realidad claramente preferible a aquello de lo que disponíamos con anterioridad.

Lo que acabo de decir es, con mucho, lo más importante, y ello aun cuando a continuación me vea en la obligación de llamar la atención sobre determinadas miserias —unas menores, otras de mayor enjundia— que se han hecho valer en el mundo que ahora me ocupa.

39. ¿No se ha registrado en la izquierda de siempre un visible recelo ante un movimiento que se entendía que acarreaba una crítica de todas las organizaciones tradicionales?

Es verdad que entre muchas de las gentes emplazadas en la izquierda de siempre cobró cuerpo, en el momento inicial del movimiento del 15 de mayo, una actitud recelosa ante algo que, por un lado, no comprendían y, por el otro, no acababa de gustarles. En

esa reacción inicial, pronto superada, se impuso la percepción de que el discurso que pasaba a tomar acampadas y manifestaciones, asentado en una crítica frontal de las instituciones todas del *establishment* —parlamentos, partidos, sindicatos, empresas, iglesias y monarquías—, alcanzaba en un grado u otro a las propias organizaciones en las que militaban estas gentes, bien lejos, por cierto, del *establishment*. Aunque algo de esto último pudiera haber, en la forma ante todo de una denuncia de la a menudo lacerante ineptitud de esas organizaciones, parece que pronto los recelos se desvanecieron. Lo hicieron, tal vez, de la mano de la certificación de que estaba ganando terreno una combinación razonablemente sabia entre la condición espontánea que impregnaba buena parte de las iniciativas que empezaban a manifestarse y el carácter visiblemente organizado, bien que sin imposiciones ni coacciones, del movimiento que veía la luz.

Si el movimiento naciente surgía de manera razonablemente espontánea —qué tendrá de mala, por cierto, la espontaneidad—, el temor a que exhibiese una lacerante descoordinación parecía infundado: las manifestaciones, las concentraciones y las asambleas estaban planificadas y organizadas de manera puntillosa. Lo que much@s jóvenes estaban demostrando, espontáneamente, era, en otras palabras, su compromiso con un viejo lema libertario que apareció en los labios de más de un@: “Unión, acción, autogestión”.

40. ¿No se ha hecho valer, entre l@s militantes veteran@s de la izquierda de siempre, un deseo inmoderado de impartir consejos a l@s jóvenes?

Parece innegable que algun@s de los militantes veteran@s que ahora me interesan se dejaron llevar en más de un momento por un incipiente paternalismo que aconsejaba explicar a l@s jóvenes qué es lo que había que hacer. Semejante tentación hundía sus raíces, en una de las claves de posible invocación, en una de las presunciones que arrastra mi generación: la que hace de ella una especie de centro ptolemaico en torno al cual se ordenarían todas las demás. Y es que l@s integrantes de esa generación mía ya sucumbieron a esa percepción al calor de muchas de las iniciativas de contestación de la globalización capitalista. Entonces celebraron a menudo que l@s jóvenes se sumasen a *nuestras* iniciativas en franco olvido de que lo

que las más de las veces estaba ocurriendo era que nosotr@s nos sumábamos a las iniciativas de l@s jóvenes.

Aunque a buen seguro que cargadas de buenas intenciones, muchas de las gentes que ahora atraen mi atención parecieron no tomar nota en plenitud de que algo estaba cambiando de forma tan evidente que nos obligaba a abandonar a marchas forzadas el mundo en el que habíamos vivido. Valga un ejemplo de lo dicho: en la semana posterior al 15 de mayo se difundió una información que señalaba cómo en determinada ciudad un grupo de profesores y profesoras de universidad —cargad@s sin duda, y repito la cláusula, de buenas intenciones— anunció su propósito de acudir a la concentración correspondiente del movimiento del 15-M con el objetivo de dar allí sus clases. ¿No hubiera sido preferible, por una vez, que esas personas asumiesen de buen grado la tarea de acudir a la concentración en cuestión para ser ellas quienes aprendiesen de l@s jóvenes a l@s que pretendían ilustrar con sus conocimientos?

41. ¿Se han manifestado posiciones descaradamente oportunistas?

Probablemente era inevitable. En las actividades del movimiento no han faltado las personas que parecen haber experimentado una rápida reconversión detrás de la cual no es difícil apreciar un visible oportunismo. Ahí están quienes, acostumbrados a jugar simultáneamente todas las cartas, hace unos meses defendían dogmáticamente la necesidad de cerrar filas con los sindicatos mayoritarios y de la noche a la mañana, y sin asumir ningún ejercicio de autocrítica, parecen creer hoy en las virtudes taumatúrgicas de la asamblea y de la democracia de base.

Pero están también quienes, siempre próximos a los aparatos de poder de la izquierda institucionalizada —partidos y sindicatos—, y luego de haber descalificado durante años cualquier iniciativa que recuerde ni de lejos a un movimiento como el del 15 de mayo, recuperan ahora el terreno de la mano de una singularísima conducta: la que aconseja sostener que los movimientos sociales alternativos, que tildan de sectarios y extremistas, e identifican con consignas vacuas y superadas, no son otra cosa que secuelas de la vieja izquierda dogmática, de tal suerte que debe pelearse por mantener al movimiento virgen, ingenuo y alejado de su influencia.

Estas personas, que suelen manifestarse camufladas, procuran ocultar que han defendido en todo momento a la izquierda que se mueve por los pasillos de poder.

Tampoco está de más incluir en estas consideraciones a determinados segmentos de la socialdemocracia ilustrada que, afín a los sindicatos mayoritarios, más bien remisa a la denuncia del *pensionazo* de enero —no se podía hacer otra cosa, nos dicen— y empeñada en que lo que está en crisis no es el capitalismo, sino su versión neoliberal, quedó más bien en fuera de juego el 15 de mayo. En las semanas posteriores ha recuperado el terreno perdido y se atribuye a menudo un audaz protagonismo. No tiene mayores problemas, por lo demás, para ubicarse: si los movimientos sociales alternativos están demasiado lejos —las disonancias cognitivas y emocionales son evidentes—, l@s "jóvenes indignad@s", aunque un tanto *naïfs*, ofrecen un mercado adecuado para mensajes bien conocidos. Sorprende un tanto, eso sí, que de vez en cuando estas personas amonesten a es@s jóvenes, que no habrían acabado de captar que la reconstrucción de nuestro maltrecho Estado del bienestar resuelve por sí sola todos los males. No solo eso: con cierta frecuencia entre ellas se escucha la queja de que el movimiento es débil y difuso programáticamente, en franco olvido de que la socialdemocracia ilustrada no hace otra cosa que acrecentar su debilidad: creen estar por delante cuando están casi siempre por detrás. Como de costumbre, no se busque en las propuestas de estas gentes nada que huela a autogestión, a lucha antipatriarcal, a consideración cabal de la crisis ecológica o a defensa de los derechos de los pueblos del Sur. Celebran la presencia de Stiglitz en una reunión del movimiento y prefieren olvidar que, tras postular el premio Nobel las virtudes intrínsecas del crecimiento económico y reclamar liderazgos firmes, unas horas después no tuvo problema alguno en reunirse con Pérez Rubalcaba.

Propongamos un último ejemplo de posiciones manifiestamente oportunistas: el de quienes han decidido sumarse al carro de l@s *indignad@s* con el objetivo de defender causas que bien poco tienen de rupturistas, y mucho de meras quejas corporativas. Tengo en mente al respecto el texto de un profesor de universidad que, preocupado por los bajos salarios, la arbitrariedad de las promociones, la pérdida de prestigio y autoridad, y la falta de

carisma de l@s docentes, prefiere no prestar atención alguna a un escenario indeleblemente lastrado por la privatización y la mercantilización… Le ocurre algo parecido —salvando las distancias— a lo que le sucede al movimiento de *indignad@s* que ha despuntado en agosto de 2011 en Israel: luego de subrayar el pésimo horizonte que tienen que encarar tant@s jóvenes, el movimiento en cuestión no parece que haya tenido tiempo de plantear demanda alguna en relación con los derechos de l@s palestin@s que viven, a pocos kilómetros, en Gaza y Cisjordania…

42. ¿Cómo ha reaccionado el mundo de l@s intelectuales y l@s artistas progresistas ante el movimiento del 15 de mayo?

Si la izquierda tradicional ha estado genéricamente a la altura de las circunstancias, cabe preguntarse de quién no puede decirse otro tanto. Aunque las generalizaciones al respecto son siempre delicadas, una de las decepciones —no por esperada menos llamativa— ha sido la correspondiente a esa constelación *progresista* de la que forman parte un buen puñado de estrellas de la intelectualidad y de las artes.

Lo primero que produce sorpresa es el hecho de que estas gentes no duden en utilizar, para identificarse, la etiqueta de *progresistas*. Pocos términos hay más gastados que este. Gastados, en primer lugar, por la retórica vacua que ha empleado en los últimos decenios un partido que ha dirigido el Gobierno español. ¿Cómo es posible que quienes en estas horas afirman que quieren romper amarras con todo lo que significa ese partido no duden en seguir empleando un calificativo tan delatador? Siempre cerca de estructuras de poder, nuestr@s *progresistas* se han adherido en el pasado a todas las mezquindades imaginables. ¿Alguien ha olvidado, por cierto, la lista de partidari@s del Tratado Constitucional de la Unión Europea —surtidor principal de la miseria que hoy arrastramos— que promovió la SGAE, la Sociedad General de Autores, en diciembre de 2004? No parece, en un terreno próximo, que estas gentes se hayan desmarcado convincentemente de sus intereses personales, en un escenario en el que faltan las noticias que den cuenta de que han reconocido públicamente sus errores del pasado. Mientras, por un lado, nunca han pisado un centro social *okupado* —para algo están los oropeles

del Círculo de Bellas Artes madrileño—, por el otro han mantenido hasta hace bien poco —acaso algun@s la mantienen todavía— una relación muy cálida con esos dos combativos sindicatos que hemos dado en etiquetar de *mayoritarios*. Se trata de gentes, en fin, que se autoatribuyen la conciencia de la izquierda y que estiman que no podríamos pasar sin el socorro de sus declaraciones y manifiestos.

L@s intelectuales y artistas *progresistas* arrastran problemas graves en materia de comprensión de lo que ocurre entre nosotr@s. En su discurso lo suyo es que se denuncie lo que está en la epidermis mientras se esquivan las cuestiones de fondo. Si la corrupción y la precariedad forman parte de la primera, el capitalismo y la supeditación del poder político a sus reglas viven entre las segundas. Semejante proyecto casa mal, dicho sea de paso, con la obsesión de nuestr@s intelectuales y artistas por los partidos y las elecciones. ¿Cuál no será al respecto la última idea brillante que estarán iluminando en lo que se refiere a maravillosos frentes en los que confluyan algunos de los primeros? ¿Y qué líderes nos propondrán ahora? ¿Habrá algun@ que no huela a lo mismo de siempre, al designio de reunir a la izquierda claudicante bajo banderas aparentemente nuevas? Qué significativo resulta que much@s de quienes hace bien poco le reían las gracias al PSOE se sientan hoy traicionad@s. ¡Vaya que han tardado tiempo en tomar nota de la realidad! Lo de Izquierda Unida, entre tanto, no parece convencerles, acaso porque en el maltrecho proyecto de la refundación no se les reservaba el lugar que esperaban, acaso porque siguen pensando que es preferible ser cola de león que cabeza de ratón.

Mayor relieve que todo lo anterior corresponde, sin embargo, a un hecho: nuestr@s intelectuales y artistas se han visto por completo desbordad@s por lo que ha ocurrido tras el 15 de mayo. Y su situación es incómoda, antes que nada, por algo que salta a la vista: nada han tenido que ver con la gestación de un movimiento que, por razones fáciles de intuir, no comprenden, inmerso como está en la vorágine de la asamblea y de la autogestión, lejos de div@s y de famoseos. En lugar de acercarse humildemente a lo que empezaba a manifestarse, se han entregado con pundonor a la tarea de rebajar la radicalidad de la propuesta que veía la luz en las plazas, procurando adaptarla a una letanía repentinamente

superada por la reacción airada de l@s jóvenes. Para ello han dispuesto, como siempre, de los resortes preceptivos que ofrecen los medios *progresistas: El País* y la SER, *Público* y Radio Nacional.

Sin norte, nuestr@s amig@s procuran en estas horas, con escaso éxito, recuperar el protagonismo que tanto les gusta. Bueno sería que tomasen nota, sin embargo, de algo que parece evidente: la mayoría de l@s integrantes del movimiento 15-M no solo rechazan a los banqueros y a los gobernantes que les sirven. No sienten ningún cariño, tampoco, por quienes han reído las gracias demasiadas veces a unos y otros. Para certificarlo basta con echar una ojeada a los foros de muchos de esos medios de comunicación *progresistas* mencionados unas líneas más arriba.

43. ¿Ha habido posturas de franco rechazo del movimiento entre la izquierda de siempre?

Las ha habido, aunque cabe calificarlas de muy minoritarias. En muchos casos las personas que protagonizaban ese repudio —aduciendo las más de las veces la dudosa condición de clase y la no menos dudosa apuesta programática— del movimiento del 15 de mayo acababan por señalar, pese a todo, que convenía sumarse críticamente a aquel.

Determinados segmentos de la izquierda más sectaria han acogido con los brazos abiertos, por lo demás, versiones conspiratorias de los hechos. Conforme a estas, y por ejemplo, el movimiento habría surgido de circuitos ultraliberales que obedecerían a intereses no siempre fáciles de explicar. Estas posiciones en mucho recuerdan a otras que sugieren que esos circuitos habrían puesto en marcha una iniciativa que obedecería al propósito de facilitar el acceso del Partido Popular al Gobierno español y debilitar las posiciones de la izquierda institucional. Desde alguna de esas atalayas se ha llegado a afirmar, y es de nuevo un ejemplo entre otros, que el Partido Popular arrasó en las elecciones del 22 de mayo por culpa del *movimiento de l@s indignad@s*. El argumento se desvanece por sí solo: salta a la vista que el triunfo del Partido Popular en esas elecciones se debió ante todo a la miseria de las políticas defendidas, desde La Moncloa, por el Gobierno socialista. Poco tuvo que ver el escenario que ahora nos interesa con lo que ocurrió en la estela de los atentados del 11 de

marzo de 2004: entonces los hechos, con toda evidencia, sí que perjudicaron a una opción electoral, la del Partido Popular, enfangada en las mentiras que difundió el ejecutivo del presidente Aznar.

Aunque prestemos algún crédito a lo que puedan contarnos esas versiones conspiratorias, parece fuera de discusión que el movimiento naciente pronto escapó a los intereses que presuntamente se hallaban por detrás de aquellas. La certificación de que esto fue así obliga —parece— a no detenerse en demasía en el examen de lo que ofrecen esos relatos.

44. ¿Cómo se ubicó Izquierda Unida ante el movimiento del 15 de mayo?

A tono con el argumento esgrimido en el inicio de este capítulo es obligado señalar que en la mayoría de los casos l@s militantes de la coalición de izquierdas entendieron de manera más que suficiente qué es lo que estaba ocurriendo en la calle y acudieron sin cautelas, y con generosidad, a acampadas, manifestaciones y concentraciones. Digno de subrayarse es el hecho de que prescindiesen por completo de cualquier señal de identificación —y eso que en la semana inicial estábamos en plena campaña electoral — y se sumasen, como uno más, al caudal de los participantes en la protesta.

Lo dicho fue así pese a que, como era de prever, los sensores de Izquierda Unida (IU), poco proclives a captar señales en el mundo de los movimientos sociales, estaban mal preparados —quién puede presumir, claro, de haberlo estado bien— para intuir lo que se estaba gestando. Izquierda Unida debió sortear, por añadidura, más de un problema derivado del hecho de hallarse en plena campaña. Las cosas como fueren —alguien dirá, legítimamente, que buscando extraer de ello algún provecho en términos de votos—, en general Izquierda Unida procuró amparar las movilizaciones haciendo frente, dentro de sus posibilidades, a los espasmos represivos que se hacían valer en los circuitos oficiales. En la trastienda sin duda despuntó la idea de que, aunque el movimiento 15-M en momento alguno declaró su proximidad con IU, al concentrar las críticas en los dos grandes partidos de ámbito estatal no podía sino beneficiar, siquiera fuera indirectamente, a la coalición de izquierdas, con la

que, por lo demás, compartía una percepción común en lo que hace a muchas de las miserias propias del escenario político y económico.

Malo sería que olvidásemos, eso sí, que no era oro todo lo que relucía en Izquierda Unida. Una parte de su cúpula dirigente, tristemente burocratizada, lamentablemente altiva y desgraciadamente integrada, volvió a demostrar lo que resulta fácil de comprobar. Ahí están las declaraciones al diario *El País*, auténticas perlas, del candidato de la coalición a la alcaldía de Madrid, Ángel Pérez, quien, al preguntársele si le hubiera gustado dormir en la Puerta del Sol con l@s jóvenes de Democracia Real Ya, respondió: "No. Soy candidato de IU y ese es un movimiento antipartidos. Hace veinte años, en las mismas circunstancias, posiblemente lo hubiera hecho". Aunque a Pérez lo hizo bueno un responsable de campaña de IU que describió en los siguientes términos el movimiento que veía la luz: "A nosotros nos interesa la gente de izquierdas que está ahí. Pero luego hay mucho elemento ácrata, incluso populista, y discursos de deslegitimación de la política que no compartimos porque pueden llevar al berlusconismo, o la crítica a los sindicatos, que es infantil". No se puede negar inteligencia, al menos en un terreno, a semejante asesor: tuvo los reflejos suficientes para ocultar su nombre.

45. ¿Cuál es la visión más común en el movimiento en lo que se refiere a la condición de los sindicatos mayoritarios?

La contestación de lo que han acarreado las respuestas gubernamentales ante la crisis se ha hecho acompañar a menudo de una crítica de la actitud asumida al respecto por los dos sindicatos mayoritarios: Comisiones Obreras (CCOO) y Unión General de Trabajadores (UGT). Lo habitual en el movimiento 15-M es que se entienda que estos, impresentablemente burocratizados e integrados, no están a la altura de las circunstancias. Así lo vendrían a testimoniar su frecuente colaboración con la dirección en tantas empresas, su olvido constante de precari@s y desemplead@s o, más recientemente, su respaldo postrero a la reforma del sistema de pensiones (el llamado *pensionazo*).

Parece indisputable que al movimiento que acaba de surgir no solo le interesan las materias que preocupan a l@s jóvenes: se

aprecia, antes bien, una visible vocación de engarce con los trabajadores y las trabajadoras comunes, en el buen entendido de que, a tono con lo que acabamos de señalar, las sintonías son claramente mayores con el sindicalismo alternativo que con el que representan CCOO y UGT. Esto al margen, si los vínculos de l@s "jóvenes indignad@s" con los sindicatos mayoritarios son prácticamente nulos, otro tanto cabe decir de los que mantienen los movimientos sociales alternativos. Dejemos claro una vez más que la existencia de dificultades genéticas para enlazar con el sindicalismo tradicional en modo alguno significa que al movimiento no le interese el mundo del trabajo. No se olvide que la abrumadora mayoría de es@s "jóvenes indignad@s" son, al fin y al cabo, e ineludiblemente, precari@s o desemplead@s.

Un argumento que se ha escuchado con frecuencia en labios de l@s integrantes del movimiento 15-M es el que sugiere que si este último ha tenido que asumir una estrategia de contestación activa de muchas de las políticas que padecemos ello ha sido así en virtud de una razón simple: quienes debían haber encabezado esa respuesta —los sindicatos mayoritarios— han hecho manifiesta dejación de sus deberes. Hay quien aducirá que menos mal que los hechos han discurrido por ese camino, toda vez que resulta fácil imaginar cuál habría sido el tono, alicaído y cortoplacista, de la respuesta que habrían hilvanado CCOO y UGT. Agreguemos, en suma, que aunque en las filas de los sindicatos mayoritarios hay quien aprecia un intento, siquiera sea liviano, de acercamiento al movimiento, faltan señales claras al respecto. Menudean, en cambio, los discursos que, lejos de asumir cualquier autocrítica, entienden que esos dos sindicatos están a la altura de lo que les corresponde, además de ser los representantes legítimos de los trabajadores y las trabajadoras. Quien razona en esos términos no hace sino reflejar el vigor de percepciones muy cercanas a las que blanden nuestros dirigentes políticos. A duras penas podía ser de otra manera: los sindicatos mayoritarios son, hoy por hoy, pilares fundamentales de sostenimiento del sistema al que se enfrenta el movimiento del 15 de mayo.

46. ¿Con qué problemas se ha topado el movimiento en los lugares en los que la cuestión nacional tiene un relieve

notable?

En Cataluña, en Galicia y en el País Vasco —en menor medida en otros lugares— el movimiento 15-M se ha encontrado con tesituras singulares que en un grado u otro hunden sus raíces en problemas vinculados con las cuestiones nacionales correspondientes. En términos generales puede argumentarse que buena parte de los movimientos sociales alternativos en esos tres lugares, insertos en la lógica del nacionalismo, el independentismo y el soberanismo, han mirado con recelo las iniciativas que se hicieron valer a partir del 15 de mayo. De resultas, las concreciones respectivas del 15-M presentaron en origen un perfil mucho más estrechamente vinculado con las querencias de l@s "jóvenes indignad@s" y, por ello, menos contestatario en sus demandas. No solo eso: con frecuencia mostraron un visible desinterés en lo que se refiere a eventuales reivindicaciones vinculadas con los problemas nacionales en cuestión, algo que bien pudo acrecentar las diferencias con una parte de los movimientos sociales locales. En un escenario de desencuentros despuntaron algunas —pocas— declaraciones de impresentable descalificación del movimiento 15-M como las realizadas por el otrora máximo dirigente de Esquerra Republicana de Catalunya, Josep-Lluís Carod-Rovira.

Aunque parece obligado subrayar, por añadidura, que el perfil de lo ocurrido en el País Vasco era distinto —el mundo de Bildu, en singular, se hallaba inmerso en otra batalla—, tanto en Cataluña como en Galicia, y en último término en el propio País Vasco, al cabo se ha registrado una relativa normalización de la situación. Recuérdese al respecto que con el paso de los días las acampadas vascas empezaron a ganar peso, que buena parte de los sectores más combativos del soberanismo gallego se sumaron, bien que con cautelas, al movimiento o que, por dejar aquí la enunciación de datos relevantes, la asamblea barcelonesa respaldó a la postre una demanda expresa de reconocimiento del derecho de autodeterminación. No está de más que en este caso agreguemos que las represiones policiales acaecidas en Barcelona y en Madrid han generado mecánicas de solidaridad entre dos ciudades que el discurso dominante considera permanentemente enfrentadas.

La afirmación, con alguna frecuencia formulada, de que el

movimiento 15-M es un movimiento *madrileño* que, como tal, exhibiría una dimensión jerárquica y jacobina choca frontalmente con la realidad. Aunque espasmos de esa naturaleza hayan podido revelarse en el caso de algun@s "jóvenes indignad@s", el grueso del movimiento defiende con claridad la radical primacía de la asamblea de base. Nada impide, en esas condiciones, la plena autonomía decisoria de las asambleas catalanas, gallegas, vascas o de donde fueren.

Capítulo 7. El futuro: un otoño calentísimo

El otoño de 2011 será una etapa decisiva para calibrar cuál ha de ser el futuro, en el medio y el largo plazo, del movimiento del 15 de mayo. En esos meses se dirimirán cuestiones relevantes como los efectos de la represión ejercida sobre el movimiento, la implantación de este en universidades e institutos, los efectos de unas elecciones legislativas que han sido objeto de adelanto, las consecuencias de una posible huelga general o, en fin, la perspectiva de que muchas de las políticas económicas y sociales en curso de aplicación se radicalicen. Al amparo de circunstancias como las mencionadas tiene sentido examinar, en paralelo, diferentes posibilidades de desarrollo futuro del movimiento.

47. ¿Cuáles son las principales decisiones que el movimiento ha asumido en relación con su futuro inmediato?

En la mayoría de los lugares el movimiento ha decidido desmantelar las acampadas y procurar un redespliegue de su actividad en la forma de asambleas de barrio —en las ciudades— y de pueblo —donde ello ha sido posible—. Sobraban las razones para justificar esa opción. La más importante no era otra que el designio de evitar que las acampadas empezasen a pudrirse y arrastrasen en ello al movimiento como un todo. Hay que señalar, bien es cierto, que siempre queda abierta la posibilidad de restaurar el esquema inicial de concentraciones con poderoso eco mediático en un escenario en el que, obviamente, el ritmo de los hechos puede ser diferente en los distintos lugares.

Conviene agregar que el tránsito del recinto del espectáculo mediático al más modesto de la acción local, aunque en modo

alguno obligaba a cancelar posibles iniciativas —campañas, manifestaciones— de carácter general, parecía deslizar el movimiento hacia una tarea más difícil y menos vistosa, al tiempo que, en sentido contrario, reducía los riesgos de burocratización y los intentos de coparlo desde fuera. Otorgaba un creciente protagonismo, por otra parte, a las formas de relación entre las nuevas asambleas, ahora crecientemente descentralizadas. Al respecto era inevitable recordar, por lo demás, los tributos que se derivaban de la época del año en la que nos encontrábamos: la proximidad del verano tanto podía ser un inconveniente insoslayable —las iniciativas y las movilizaciones por fuerza se reducían en la mayoría de los lugares— como una excelente oportunidad para recobrar fuerzas y plantear una ofensiva en toda regla a partir de septiembre.

El movimiento asumió, en suma, la conveniencia de desplegar, pese a todo, campañas de muy diverso cariz que, aunque no tan fuertes simbólicamente como las acampadas de mayo y junio, mantuviesen encendida la llama de la contestación y del recuerdo. Estoy pensando, y son ejemplos entre otros, en la convocatoria de concentraciones en muchos lugares, en la preparación de las manifestaciones que deben registrarse el 15 de octubre, en las marchas que confluyeron en Madrid el 23 de junio y en las que en julio partieron con destino a Bruselas, en el apoyo a la propuesta de hostigamiento a los desahucios, en la extensión de las acampadas a localidades que hasta ahora no las habían acogido o, en suma, en la internacionalización de muchas de las acciones desarrolladas.

El balance de todo lo anterior no ha podido ser más positivo: incluso en los meses de julio y agosto la actividad se ha mantenido firme, con presencia de gentes mucho más nutrida de la esperada. Al respecto es lícito recordar algo que ya hemos tenido la oportunidad de subrayar: la represión ejercida sobre el movimiento ha tenido hasta el momento —pongamos de por medio esta cautela temporal— un efecto vivificador.

48. ¿No es augurable que uno de los elementos de repunte del movimiento llegue, en el otoño, de las universidades?

Tiene su relieve recordar que, hablando en propiedad, y en la mayoría de los casos, las universidades no se movilizaron en mayo y

junio. La razón principal que cabe esgrimir al respecto recuerda, sin más, que esos meses, tradicionalmente vinculados con los exámenes, no eran los mejores para facilitar la plena inserción de aquellas en el movimiento que nacía.

El escenario será, a buen seguro, diferente una vez llegue el otoño, un periodo menos lastrado por los exámenes, y se convoquen —esto es lo que probablemente ocurrirá— asambleas en las diferentes universidades (han empezado a articularse asambleas, también, de estamentos profesionales, como es el caso de los economistas vinculados con el 15-M). Admitamos, eso sí, que semejante convocatoria no deja de suscitar algunas controversias, al menos entre quienes entienden que rompería un tanto el esquema trenzado en torno a las asambleas de barrio, incorporando al efecto instancias de perfil distinto. Las cosas como fueren, parece razonable adelantar que las previsibles movilizaciones universitarias pueden darle un impulso nuevo al movimiento.

Otro tanto hay que decir de lo que algunos intuyen está llamado a suceder en los institutos, tanto más si se confirman las noticias que dan cuenta de lo que en los hechos serán despidos masivos de profesores como los registrados en la Comunidad de Madrid. La incorporación de adolescentes al movimiento bien puede ser, también, un acicate interesante para el definitivo despliegue de este último.

49. ¿Acabará por convocarse, al calor del movimiento o en estrecha relación con él, una huelga general?

Otro elemento que merece atención es la previsible convocatoria de una huelga general y, con ella, la perspectiva de que la oleada del 15-M empiece a hacerse valer con solidez en los centros de trabajo. La iniciativa de esa convocatoria también parece suscitar divisiones dentro del movimiento. En sustancia son dos las opiniones que se han formulado al respecto. Si la primera considera que el protagonismo debería correr a cargo del sindicalismo alternativo —de fuerzas como la Confederación General del Trabajo (CGT), la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), Solidaridad Obrera, el Sindicato de Obreros del Campo (SOC), o en su caso el sindicalismo nacionalista en Cataluña, Galicia y el País Vasco—, la segunda estima que el propio movimiento del 15 de mayo debería

como tal tomar cartas en el asunto en papel protagonista. Esta segunda visión, que en algún caso se ha materializado a través de la defensa de una suerte de "sindicalismo sin sindicatos" que en mucho recordaría a las prácticas consejistas, parece asentarse en una traducción al mundo del trabajo de lo que a los ojos de much@s de l@s integrantes del movimiento ocurriría en el terreno de la política convencional: si, para estas gentes, todos los partidos merecen repudio, otro tanto acontecería con todos los sindicatos, incluidos los de vocación alternativa.

Más allá de estas disputas, algo estamos obligados a decir sobre el presumible resultado de una huelga general convocada en circunstancias y por agentes tan excepcionales. Señalemos por lo pronto que no solo estarían llamados a participar en ella los trabajadores y trabajadoras asalariad@s; también serían convocad@s l@s jóvenes sin trabajo, con efectos multiplicadores sobre el eventual cese de la actividad económica general. Bueno sería que no se tratase en exclusiva, por lo demás, de una huelga que paralizase la producción y los servicios: debería ser al tiempo, antes bien, una huelga de consumo como la convocada en diciembre de 2010. Agreguemos que configuraría un reto muy interesante para un sindicalismo alternativo que hoy parece dispuesto a buscar caminos unitarios por los que no se ha movido en el pasado, y que emplazaría ante decisiones insorteables a los sectores resistentes que todavía permanecen en CCOO y UGT, colocando en una posición delicada, por añadidura, a las cúpulas de estos dos sindicatos.

Muchos de los conocimientos que creemos haber atesorado sobre lo que significa una huelga general —sus grandezas, sus miserias— sospecho que están llamados a servirnos de poco, de tal manera que en la estela de una contestación que se extiende por todas partes no hay por qué desdeñar en modo alguno la perspectiva de un éxito razonable de la huelga en cuestión.

50. ¿Qué efecto parece llamado a ejercer el adelanto de las elecciones legislativas al mes de noviembre?

Parece evidente que el adelanto de las elecciones generales españolas al 20 de noviembre constituye un estímulo adicional para el crecimiento del movimiento. Nunca se subrayará de manera

suficiente que una de las explicaciones mayores, insoslayable, del éxito del movimiento del 15 de mayo fue su surgimiento en el ecuador de una campaña electoral tan sórdida como triste.

La convocatoria de unas elecciones en las que está cantado el protagonismo de dos fuerzas políticas —el Partido Popular y el Partido Socialista— que son objeto de una activa contestación desde el movimiento por fuerza tiene que darle alas a este. No solo eso: debe acercar a sus mensajes a muchas gentes que tienen motivos poderosos para concluir que las ofertas de esas dos fuerzas políticas son mucho más semejantes de lo que reza la retórica confrontacional de la que hacen uso.

51. ¿Hay alguna posibilidad de que nuestros gobernantes, los de ahora o los de dentro de poco, realicen concesiones y modifiquen sus políticas en el sentido que demanda el movimiento?

Esa posibilidad parece muy reducida, por no decir que es nula. Porque hay que identificar en este terreno un estímulo muy poderoso para alimentar la vitalidad del movimiento: el hecho, obvio, de que nuestros gobernantes no van a modificar un ápice el guión que aplican desde tiempo atrás. En este caso hay que descartar por completo la posibilidad de que determinadas concesiones desde los circuitos de poder se traduzcan al poco en retrocesos en la contestación o, en su caso, en divisiones internas dentro del 15-M. La aprobación por socialistas y populares, en agosto de 2011, de una reforma constitucional que debe determinar de forma estricta el déficit que pueden alcanzar las diferentes administraciones públicas se mueve con claridad en el sentido que anunciamos.

Lo anterior parece cierto por mucho que sea imaginable alguna concesión en el ámbito estrictamente político. Imaginemos, por ejemplo, que los dos grandes partidos se comprometiesen a no incluir en sus listas electorales a personas encausadas por presuntos delitos de corrupción. Si, por un lado, y habida cuenta de que como van las cosas, semejante compromiso es improbable, por el otro hay que subrayar que, de verificarse, no parece que por sí solo esté llamado a llenar de contento a l@s integrantes del movimiento del 15 de mayo. Tanto más cuanto que todos los pronósticos sugieren

que en el ámbito económico y social las políticas oficiales van a experimentar —gobierne el Partido Socialista o lo haga el Partido Popular— un endurecimiento, que bien puede hacerse extremo en el caso, en modo alguno descartable, de que se proceda a aplicar un plan de rescate de la Unión Europea. En esas condiciones no parece que haya ningún motivo para intuir que el movimiento va a experimentar un retroceso, en su caso una franca desactivación, de resultas de la aceptación de muchas de sus demandas.

52. ¿Qué horizontes de futuro cabe atribuir al movimiento?

Si hay que formular un pronóstico sobre lo que va a suceder con el movimiento —y no sin antes avisar que en el camino penden varias incógnitas, y entre ellas los efectos previsibles de los intentos de moderar el discurso, por un lado, y de la violencia que el 15-M padecerá, por el otro—, bien pueden plantearse varios horizontes distintos.

El primero de esos horizontes no es otro que el vinculado con un rápido e imparable declive; parece que semejante perspectiva es harto improbable a corto plazo, habida cuenta de la vitalidad presente de las iniciativas, del interesante y movido escenario que debe proporcionar el otoño de 2011, del previsible deterioro del escenario económico y social y, en fin, de la general voluntad que l@s activistas muestran en lo que respecta a ir a más.

El segundo de los horizontes nos habla de un eventual intento de colocar al movimiento en la arena política, a través de la gestación de una nueva formación o de la incorporación a alguna ya existente. Creo firmemente que las posibilidades de esta opción son muy reducidas, en la medida en que la mayoría de l@s integrantes del 15-M no parecen siquiera contemplarla. No puede descartarse por completo, sin embargo, una dinámica de divisiones y escisiones, en un grado u otro vinculable con este segundo horizonte. Debe subrayarse que, de verificarse esa dinámica, y con los datos que hoy están sobre la mesa, no parece llamada a afectar al núcleo principal del movimiento.

Una tercera perspectiva nos dice que el movimiento podría dar pie a una suerte de extensión general, más bien vaga, dispersa y anómica —de la mano de un sinfín de iniciativas que en ningún caso responderían a un plan común y a un proyecto conjunto—, de

formas de desobediencia civil frente a la lógica del sistema que padecemos. No cabe descartar en modo alguno esa posibilidad, que sería una suerte de mera prolongación de las inercias que se han hecho valer en los primeros meses de vida del movimiento. Salta a la vista que a la hora de determinar las posibilidades de que cobre cuerpo un horizonte como este tendrán un peso decisivo el posible fracaso a la hora de establecer mecanismos fluidos de coordinación entre las diferentes concreciones geográficas del movimiento y la perspectiva de que no gane terreno una suerte de espontánea sabiduría que, aun en la descoordinación, facilite el asentamiento de un proyecto razonablemente compartido.

53. ¿Tiene sentido imaginar que el movimiento se convierta en una activa red de autogestión que despliegue un orgulloso programa anticapitalista?

Hay un cuarto y último horizonte, que es el que al autor de estas líneas le gustaría que cobrase cuerpo. Remite a la consolidación de una activa fuerza social que, desde perspectivas orgullosamente asamblearias y anticapitalistas, antipatriarcales, respetuosas de los derechos de las generaciones venideras e internacionalistas, apueste por la autogestión generalizada e inevitablemente se abra a las aportaciones que deben llegar de sectores de la sociedad que todavía no han despertado. Esa fuerza, que habría de acoger en su seno, claro, al movimiento obrero que todavía planta cara al sistema, provocaría probablemente el alejamiento de una parte de quienes en inicio se incorporaron a manifestaciones y acampadas.

Son dos los argumentos que pueden aportarse en provecho de la materialización de este cuarto horizonte: si, por un lado, en muchas de las asambleas realizadas hasta hoy se han revelado por igual una sorprendente madurez y una más que razonable radicalidad en los enfoques —se ha pasado a menudo, y retomemos un argumento ya utilizado, de la contestación de la epidermis que suponen la corrupción y la precariedad a la del corazón del capitalismo, la explotación y la alienación—, por el otro, y tal y como se ha señalado unos párrafos más arriba, hay que dar por descontado que nuestros gobernantes van a seguir en sus trece, esto es, no van a modificar un ápice el guión de sus políticas. El hecho de que hayan decidido morir al servicio del capital mueve audazmente, en otras

palabras, nuestro carro. Y es que ni siquiera en estas horas parecen haberse percatado de lo que está ocurriendo: su sumisión a la codicia de un@s poc@s ha hecho que much@s más de los que esperaban empiecen a hacerse las preguntas pertinentes. Su gigantesco montaje, que tan eficiente nos parecía, se ha desmoronado, siquiera solo sea parcialmente, en unas pocas semanas. Así los hechos, y aunque l@s escéptic@s no faltan, obligado parece recordar —volvamos sobre el argumento— que el escenario en el que nos movemos es claramente preferible al que se hacía valer el 14 de mayo.

Capítulo 8. Virtudes, retos, problemas

En este capítulo final a poco más aspiramos que a rescatar media docena de cuestiones que nos hablan de dimensiones importantes, en su caso carencias, del movimiento. Al respecto nos interesaremos por una discusión que tiene su interés —la relativa a si aquel es un movimiento antiglobalización—, examinaremos las posibilidades que se derivan de una recesión prolongada en el tiempo, sopesaremos qué significa el proyecto de autonomía que defienden much@s activistas, reivindicaremos una orgullosa extensión de las asambleas al medio rural, reclamaremos una progresiva internacionalización de las iniciativas, sopesaremos qué consecuencias podría tener que el 15-M no alcanzase resultados palpables y señalaremos, en fin, que el principal cambio registrado en los últimos meses es el que afecta a lo que ha ocurrido en la cabeza de muchas gentes.

54. ¿Es el movimiento del 15 de mayo un movimiento antiglobalización?

Responder a esta pregunta no es sencillo, siquiera solo porque no está claro qué es lo que cabe entender por *movimientos antiglobalización*. Estos últimos, ¿fueron característicos del primer decenio del siglo XXI pero han desaparecido ya o, por el contrario, siguen existiendo? El hecho de que la palabra *globalización* haya sido retirada de la circulación tras la crisis financiera iniciada en 2007-2008, ¿no ha afectado en un grado u otro a los movimientos que contestaban el proceso correspondiente, que en más de un sentido se han diluido en la nada? La expresión *movimientos antiglobalización*, ¿no ha sido al cabo una especie de cajón de sastre en el que cabían realidades muy diferentes?

Aun cuando las respuestas a todas estas preguntas son,

lógicamente, muy dispares, tiene sentido preguntarse por las semejanzas, y por las distancias, que un movimiento como el del 15 de mayo tiene con lo que ha sido el arquetipo del mundo de la antiglobalización. Empecemos por señalar que las semejanzas son muchas y muy notables: en un caso y en el otro se revelan el mismo recelo ante las formas de representación política que ofrecen los sistemas hoy imperantes, la misma contestación del capitalismo realmente existente, la misma vinculación con el trabajo de los movimientos sociales alternativos, los mismos desencuentros con los sindicatos mayoritarios, la misma división entre partidari@s de engordar las redes propias y gentes inclinadas a influir sobre instancias externas y, para dejar las cosas ahí, y aunque lo que sigue sea discutible, la misma proximidad, en lo que hace a los movimientos antiglobalización que cobraron cuerpo en el Norte opulento, con el mundo de lo *posmaterial*.

No faltan, sin embargo, las diferencias. Parece innegable, por lo pronto, que en el caso del movimiento 15-M se aprecia una relación mucho más estrecha con los problemas más próximos, frente a la reivindicación de los derechos de los pueblos del Sur que ha sido de siempre protagonista entre los movimientos antiglobalización de los países ricos. Salta a la vista, también, que nada asimilable a l@s "jóvenes indignad@s" se ha hecho presente en las iniciativas antiglobalización de los últimos años. Todo ello guarda una inequívoca relación con un deterioro general del escenario en el que se han hecho valer las protestas, claramente peor en lo que se refiere a los retos que ha tenido que encarar, entre nosotr@s, el movimiento 15-M. Permitámonos señalar que este último, por añadidura, ha atraído a muchas más personas y ha sido inequívocamente más plural, con la asamblea en el núcleo de su articulación. Y agreguemos que, al menos hasta ahora, no se ha dotado de instrumentos de coordinación internacional como el que, no sin polémicas, se ha perfilado alrededor del Foro Social Mundial en el caso de muchos de los movimientos antiglobalización.

Habida cuenta de las dificultades que se revelan a la hora de definir qué cabe entender que es un *movimiento antiglobalización*, concluyamos que ninguna de las diferencias reseñadas obliga a concluir, con todo, que el 15-M no es una realidad encasillable en esa categoría.

55. La experiencia acumulada, ¿no nos dice que movimientos como el del 15 de mayo están condenados a desaparecer más pronto que tarde?

Nuestros conocimientos en lo que se refiere al derrotero de los movimientos que contestan la lógica de los sistemas que padecemos se vinculan estrechamente con una visión cíclica de los hechos. Al amparo de esta damos por descontado que si hoy nos hallamos en una etapa de recesión y crisis, antes o después llegará otra de bonanza a la que seguirá, con el paso del tiempo, una nueva recesión… Sobre la base de esta percepción, son much@s l@s expert@s que han concluido, con argumentos solventes, que históricamente, y pese a las apariencias, los movimientos de contestación han germinado con mucha mayor facilidad en los momentos de bonanza económica que en los de crisis.

La percepción anterior hunde sus raíces —señalémoslo una vez más— en la certeza de que los hechos discurren conforme a ciclos insorteables. No parece tomar en consideración, sin embargo, una perspectiva interesante: la que sugiere que nos hemos adentrado en una fase de prolongadísima recesión a la que no necesariamente habría de seguir otra de bonanza. En el mejor de los casos podríamos asistir a un fuego de artificio en virtud del cual el capitalismo escenificaría interesadamente el abandono de la senda de la crisis para volver a esta de manera casi inmediata. Si tal es el escenario en el que nos encontramos —y no faltan los motivos para afirmarlo—, estamos obligados a preguntarnos por la posibilidad de que, acaso por primera vez, los movimientos contestatarios crezcan y se asienten en un escenario de prolongada recesión, que bien puede serlo, también, de literal desaparición de esas clases medias de cuyo asentamiento tanto han presumido los Estados del bienestar.

Intentemos traducir lo anterior de la mano de dos fenómenos interesantes. El primero invoca algo que con toda certeza se ha repetido muchas veces en el pasado: a menudo hemos escuchado cómo eran much@s l@s jóvenes que se sumaban pasajeramente a la contestación que aportaban unos u otros movimientos sociales para abandonarla inmediatamente una vez encontraban trabajo y podían adentrarse en los oropeles de la sociedad de consumo. Limitémonos

a certificar que lo que tantas veces fue una realidad inexorable parece encontrar grandes problemas para hacerse valer hoy, y ello por una razón sencilla: es harto improbable que l@s "jóvenes indignad@s" de estas horas encuentren ese trabajo llamado a alejarl@s de la tarea de la protesta y la contestación.

El segundo fenómeno guarda una estrecha relación con lo anterior y ya nos ha atraído en su momento: las cosas como están, a duras penas cabe imaginar que nuestros gobernantes van a modificar consistentemente sus políticas con la vista puesta en satisfacer demandas importantes que nacen de un movimiento como el del 15 de mayo. Parece, en otras palabras, que es difícil imaginar que ese movimiento se disuelve o se descafeína de resultas de respuestas eficientes e inteligentes —no hablo ahora, claro, de las estrictamente represivas— de nuestros gobernantes. Esto último remite a una discusión más general: la relativa a si el capitalismo no ha entrado en una etapa de corrosión terminal. Parece como si muchos de los mecanismos de freno que en el pasado le permitieron salvar la cara no estuviesen hoy en funcionamiento, tanto más cuanto que en la trastienda se perciben con dramática solidez las señas de una crisis, la ecológica, a la que en el mejor de los casos se presta una atención meramente retórica.

56. ¿Qué significa el proyecto de autonomía en relación con el futuro del movimiento?

Varias veces nos hemos referido a la idea de que una parte significativa de las personas que dan sentido a un movimiento como el del 15 de mayo no parecen particularmente interesadas en reclamar cambios en la conducta de nuestros gobernantes. Recelan de instituciones y partidos, consideran que en las elecciones hay más trampas que caminos de progreso, estiman que por detrás se hacen valer impresentables intereses privados y consideran, en suma, que el círculo correspondiente se cierra merced a las manipulaciones a las que se entregan los medios de incomunicación del sistema.

La posición que ahora nos ocupa defiende que el grueso del trabajo de un movimiento como el del 15 de mayo debe consistir en afianzar el propio movimiento, y en hacerlo, desde ya, a través —como ya hemos señalado en algún momento— de la gestación de

espacios de autonomía en los que se apliquen reglas del juego muy diferentes de las hoy imperantes. Al respecto despuntan en las propuestas palabras como las que se reclaman de la *democracia directa*, de la *socialización* de la propiedad y de la *autogestión*, con la vista puesta en atraer, de la mano de cambios inmediatos en la vida cotidiana, a muchas personas que todavía están lejos. Desde esta atalaya se abre camino una clara conciencia en relación con las limitaciones que corresponden a *lo público* cuando este último no es objeto, y esto sucede casi siempre, de una socialización efectiva y de un control democrático merecedor de tal nombre.

A efectos de perfilar en qué materias están pensando l@s activistas situados en esta perspectiva, bueno será que rescatemos algunas de las cuestiones objeto de discusión en las jornadas "por la autoorganización" que fueron convocadas en Cataluña, al calor de la Cooperativa Integral Catalana, a principios de agosto de 2011. Entre esas materias se contaron los intercambios y las monedas sociales, el horizonte de gestación de una nueva constitución desde abajo como apuesta por la autoorganización popular, la recuperación de la tierra y el repoblamiento del campo, el establecimiento de cooperativas de crédito sin intereses, o los modelos de despliegue y coordinación de las asambleas populares. Construir desde abajo una sociedad diferente es un viejo proyecto libertario que aspira a no dejar para mañana una tarea, la de la transformación, que es urgente acometer hoy.

En la trastienda del proyecto de autonomía es fácil apreciar, por añadidura, cierta percepción de que, como quiera que nada cabe esperar de nuestros gobernantes, tenemos que ser nosotr@s quienes actuemos. Ahí está, para recordárnoslo, la tantas veces citada frase de Walter Benjamin: "La revolución no es un tren que se escapa. Es tirar del freno de emergencia".

57. ¿No precisa urgentemente el movimiento de una expansión en el mundo rural?

Una de las materias de discusión que acabamos de recordar que se plantearon en esas jornadas catalanas es la relativa a la recuperación de la tierra y el repoblamiento del campo. Lo suyo es recordar que el movimiento del 15 de mayo ha sido hasta hoy exclusivamente urbano, algo que refleja una carencia no

precisamente menor.

Tenemos por fuerza que referirnos a un mundo, el rural, que configura un terreno vital para dirimir la deriva de nuestras sociedades: o luchamos de forma rotunda contra el crecimiento de las ciudades y restauramos los cimientos de la vida rural perdida, o mal lo tendremos. Y es que la recuperación de la vida rural es también, en muy buena medida, la recuperación de lo local, y con ella la de la democracia directa y la autogestión. Acarrea además, por necesidad, una voluntad de cuestionar abiertamente los numerosos mitos tecnológicos auspiciados por el capitalismo y muchas de las agresiones medioambientales que este alienta. Si conseguimos recuperar esa vida rural objeto de permanentes agresiones desde mucho tiempo atrás estaremos sentando las bases de sociedades marcadas por una mayor autonomía y una mayor independencia. Por eso es tan importante que un movimiento de la naturaleza del que cobró alas el 15 de mayo se haga presente, y con fuerza, en el mundo rural.

En el prólogo a *Nada será como antes* —la que cabe entender que es la primera versión de este libro— eché mano de un ejercicio mental que me interesa recuperar ahora. Cuando en los últimos meses he escuchado hablar de una *Spanish revolution*, de una *revolución española*, me ha venido con frecuencia a la cabeza el recordatorio de un aniversario que los circuitos oficiales esquivaron llamativamente en el otoño de 2010: la Confederación Nacional del Trabajo, la CNT, cumplió entonces cien años. De estar asistiendo en estas horas a una genuina *revolución española*, sería la segunda. La primera la sacaron adelante, en los campos de Aragón y en las fábricas de Cataluña, nuestr@s abuel@s libertari@s, que tenían bien claro que el mundo podía funcionar sin patrones, pero nunca podría hacerlo sin campesin@s y obrer@s.

58. ¿No está obligado el movimiento a internacionalizar sus iniciativas?

La respuesta, obvia, es sí. Nada se descubre cuando se afirman dos cosas evidentes: si, por un lado, muchos de nuestros problemas son comunes a los que se registran en otros lugares del globo, cercanos o lejanos, por el otro, y para encarar su resolución, es preciso alentar respuestas globales que transciendan las fronteras.

Contentémonos ahora con reseñar algo que tiene su relieve. En primera instancia no resultó sencillo explicar de forma convincente el pronto eco planetario del movimiento 15-M. Tal vez éramos víctimas de lo que sucede a quien, a pie de calle, no acierta a valorar en su integridad lo que está ocurriendo. Si hay que decirlo de otra forma, habrá que recordar que aunque los hechos posteriores al 15 de mayo constituían, en muchos sentidos, una manifestación cabal de lo que much@s aguardábamos que aconteciese en algún momento —sin duda más adelante—, lo cierto es que no habíamos abandonado en modo alguno las cautelas de siempre, y nos manteníamos ojo avizor ante un futuro incierto que bien podía traernos, naturalmente, malas noticias. La constancia de tantas derrotas había generado en much@s de los más veteran@s un poderoso mecanismo de defensa trenzado, no sin paradoja, en torno al recelo y el escepticismo.

Lejos de las plazas de Barcelona, de Madrid, de Santiago, de Sevilla o de Valencia parecía que los hechos se veían, sin embargo, en clave diferente, sin que las explicaciones al respecto sean plenamente convincentes. Si alguien aduce que el movimiento 15-M no era muy distinto de iniciativas como las que se han desarrollado en los últimos tiempos en Grecia y Portugal, lo aceptaré de buen grado. Me permitiré adelantar, aun así, que ha acabado por mostrar una mayor amplitud de miras o, lo que es lo mismo, que con frecuencia ha sabido trascender, pese a lo que en algún momento hemos podido sugerir, los objetivos y lemas que nacían de su inequívoca condición generacional. A los ojos de much@s, y esto es tal vez lo más importante, estaba cobrando cuerpo en un lugar que ocupaba, en comparación con Grecia y Portugal, un espacio material y simbólico más feraz a efectos de calibrar lo que se avecinaba —ahí están los polémicos hechos de agosto de 2011 en el Reino Unido— en el núcleo de una Unión Europea que agonizaba en su miseria. Tal vez eso, por sí solo, sirva para explicar el interés creciente que el movimiento ha acabado por suscitar en áreas geográficas más alejadas —recordemos la protesta estudiantil chilena—, como es el caso de América Latina.

59. ¿No corre el movimiento un riesgo grave de desaparición si no consigue satisfacer objetivos concretos?

Si hasta hace bien poco nos preguntábamos qué podíamos hacer, hoy ya conocemos una parte, importante, de la respuesta: sumarnos lealmente al movimiento del 15 de mayo. Bien es verdad que queda pendiente de resolución una cuestión principal: qué tareas debemos acometer y a qué debemos aspirar con ese movimiento.

Y es que existe un riesgo evidente de que, en caso de que los resultados materiales no lleguen, el 15-M se evapore. En realidad la propia dinámica asamblearia, tan llena de virtudes por muchos conceptos, nos emplaza en este terreno ante un horizonte inquietante. Digámoslo con las palabras de Manuel Delgado: "Esta forma radical de parlamentarismo se conforma como órgano inorgánico cuyos componentes se pasan el tiempo negociando y discutiendo entre sí, pero tienen graves problemas para negociar o discutir con cualquier instancia exterior, porque en realidad no tienen nada que ofrecer que no sea su autenticidad comunitaria, más intralocutora que interlocutora".

El riesgo de agotamiento en la forma asamblearia está ahí, o al menos lo está si el movimiento no se expande con claridad y no empieza a provocar cambios de relieve. Convengamos que al respecto hay dos salidas interesantes. La primera, obvia, nos recuerda que aún no ha transcurrido el tiempo suficiente, ni el movimiento ha agotado sus posibilidades de acción, como para descartar que obtenga, antes por su cuenta que de resultas de concesiones de los poderes establecidos, éxitos. En realidad, y bien que de forma contenida que obliga, claro, a la prudencia, algunos resultados son ya visibles. Ahí está, por ejemplo, el freno de muchas operaciones de desahucio. Pero, de manera sibilina, se han hecho valer también noticias que reflejarían que el escenario está empezando a cambiar. Hace unas semanas un colega me contaba que, según sus estimaciones, las demandas de la patronal catalana habían remitido en su radicalidad y descaro, algo que resultaba difícil no relacionar con la irrupción del movimiento del 15 de mayo.

La segunda de las salidas lo que propone es trascender el escenario de discusión que el sistema impone: hablo del proyecto de autonomía al que me he referido unos párrafos más arriba. En su esencia ese proyecto atiende a un doble propósito: por un lado, empezar a cambiar las cosas desde el momento presente y, por el

otro, no dejar en manos ajenas la transformación de la sociedad.

60. ¿Cuál es el cambio principal propiciado por el movimiento del 15 de mayo?

El cambio principal alentado por el movimiento no ha sido el vinculado con el despliegue material de las asambleas o con la condición multitudinaria de muchas manifestaciones. El cambio principal, por lo que tiene de apuesta llamada a permitir que la contestación y la búsqueda de alternativas pervivan —por lo que tiene, en otras palabras, de legado a largo plazo—, se ha registrado en la cabeza de la gente, que ha descubierto de manera tan espontánea como firme que puede y debe hacer cosas que antes aparentemente no estaban a su alcance. Nos hemos visto obligad@s a contestar la idea, muy asentada desde tiempo atrás, de que éramos incapaces de reaccionar ante tanta miseria, y hemos descubierto, además, que podemos responder de forma creativa y eficiente. El atractivo del sinfín de mercancías —materiales e ideológicas— que nos han ofrecido durante tanto tiempo no es, al parecer, tan evidente.

Tiene su sentido proponer dos ejemplos, de significado distinto, de lo que quiero decir. El primero me invita a rescatar algo que ocurrió en junio en un barrio de Madrid. Una comisión del movimiento, varias decenas de personas, se hallaba reunida cuando alguien señaló que había un coche de la policía al lado de una boca del metro. Semejante presencia policial significa casi siempre lo mismo: se está verificando una operación de acoso a alguien que presuntamente no tiene sus papeles en regla. L@s integrantes de la comisión en cuestión descendieron en bloque al metro, rodearon, sin mediar palabra, a los policías y propiciaron que el inmigrante indocumentado, o la inmigrante, caminase más lentamente que aquellos y se disolviese entre l@s activistas. Solo me interesa subrayar lo que en este caso entiendo que salta a la vista: semejante conducta hubiera sido literalmente impensable antes del 15 de mayo. La gente ha empezado a darse cuenta de que puede cambiar las cosas.

Voy a por el segundo ejemplo: el que aporta lo que ocurrió con Cayo Lara, el coordinador general de Izquierda Unida, una persona respetable, en la mañana del miércoles 15 de junio, con ocasión de

una concentración que, en Madrid, permitió frenar un desahucio. El diario *El País* tituló así, de manera impresentable, la noticia correspondiente: "Un desahucio menos, una agresión más" (un indicador sólido del nerviosismo que acosa a los circuitos oficiales lo aporta, por cierto, el hecho de que *El País* acudiese en presunta defensa del coordinador general de IU: quién te ha visto y quién te ve). Malo es que haya quien prefiera ignorar lo que sucedió: nadie reprochó a Lara que estuviese presente en la concentración que me ocupa. ¡Faltaría más! Los reproches —y lo que el sistema entiende que es un reprobable acto de violencia: le arrojaron agua al afectado— surgieron cuando Lara no apreció problema alguno en responder a las preguntas que le realizaban los periodistas. Nuestros dirigentes políticos, incluidos los más sensatos, no parecen percatarse de que las cosas están cambiando rápidamente y de que a l@s activistas del movimiento les repugna que alguien se arrogue la facultad de representarlos. Hay quien dirá, claro, con argumento nada despreciable, que buena parte de la culpa de lo sucedido corresponde, una vez más, a l@s periodistas, que al parecer sobreentienden que nada de interés pueden decir l@s ciudadan@s comunes y que, de resultas, se impone dar la palabra a responsables políticos o santones intelectuales. La orgullosa vena libertaria del "no nos representan" saltó, en cualquier caso, como un resorte afortunado.

Bibliografía sobre el movimiento del 15 de mayo

Bennasar, Sebastià (2011). *La primavera dels indign@ts*. Meteora, Barcelona.

Velasco, Pilar (2011). *No nos representan. El manifiesto de los indignados en 25 propuestas*. Temas de Hoy, Madrid.

Viejo, Raimundo (dir.) (2011). *Les raons dels indignats*. Pòrtic, Barcelona.

VV AA (2011). *Hablan los indignados*. Popular, Madrid.

VV AA (2011). *¡Indignados!* Mandala, s.l.

VV AA (2011). *Nosotros, los indignados*. Destino, Barcelona.

VV AA (2011). *La rebelión de los indignados*. Popular, Madrid.

VV AA (2011). *A revolta dos indignados. Movemento 15-M: Democracia Real Xa!* Faktoría K, Pontevedra.

VV AA (2011). *Les veus de les places*. Icaria, Barcelona.

VV AA (2011). *Las voces del 15-M*. Del Lince, Barcelona.

VV AA (2011). *Yes we camp! Bocetos de una (r)evolución*. Dibbuks, Madrid.

CARLOS TAIBO. Profesor de Ciencia Política y de la Administración en la Universidad Autónoma de Madrid, donde también ha dirigido el programa de estudios rusos del Instituto de Sociología de las Nuevas Tecnologías. Es autor de una veintena de libros en castellano, en su mayoría relativos a las transiciones en la Europa central y oriental contemporánea.

Notas

[1] En la mía propia, www.carlostaibo.com, pero también en www.altermundo.org, http://andressorel.blogspot.com, www.diarioliberdade.org, www.globalizate.org, www.kaosenlared.net, www.larepublica.es, www.radioklara.org, www.rebelion.org, www.red-libertaria.net, www.revistaelobservador.com, www.rojoynegro.info y http://teocf.nireblog.com <<